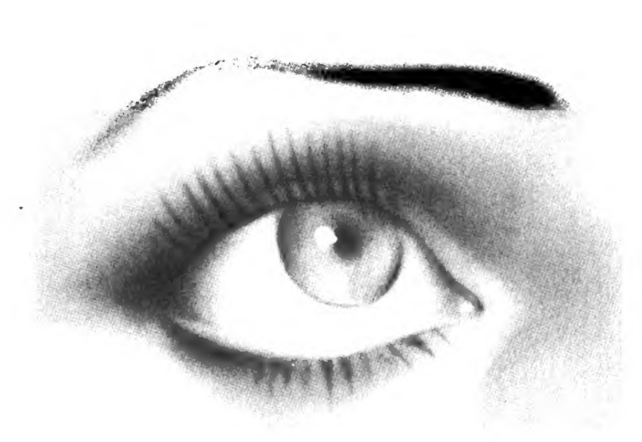
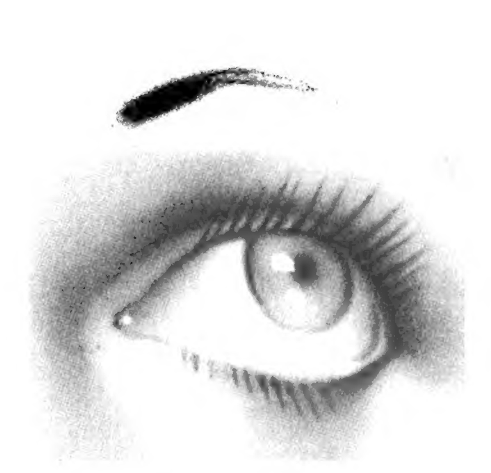


Atlántida


MOVADO
165 PRIMEROS PREMIOS
CALENDOGRAF
ACVATIC
EXTRA CHATO
EXTRA CHATO
EXTRA
CHATO
1890 - OCTUBRE - 1941
Al cumplir el 51º aniversario de su fundación agradece a su distinguida clientela la adhesión y confianza que le ha dispensado. Grandes y positivas rebajas de precio brindamos durante este mes como recuerdo de la fecha.
La Esmeralda
J. Boixaderas
Esmeralda esq. Corrientes



ILUSTRACION ARGENTINA
OCTUBRE DE 1941
Director: F. ORTIGA ANCKERMANN

Cada treinta años...

Ayer nos encontramos con nuestro amigo el escritor.

Nuestro amigo el escritor es muy siglo XX. Es decir, que tiene varios empleos nacionales, muy bien rentados y fáciles de llevar. Viste con exquisita elegancia, habla inglés, tiene un coche soberbio, habita un piso de 800 pesos, juega al golf, al bridge, al polo, se ha comprabo un chalet en Nahuel Huapí, viaja en aero, toca a Erik Satie en un magnífico órgano eléctrico, se divorcia una vez por año, y, además, escribe. Escribe novelas, o cosa por el estilo, muy voluminosas, editadas con raro gusto, que las señoras suelen leer y los hombres hojear. Es un triunfador.

Como decíamos, ayer lo encontramos. Nos pareció un tanto caviloso y ensimismado.

—¿Qué le ocurre a usted? — le preguntamos, temiendo por su salud o por sus finanzas.

En lugar de contestarnos, nos interrogó a su vez:

—¿Ustedes creen en el espiritismo?

—¡Hombre!... El espiritismo... Así, de sopetón... ¿Por qué lo dice?

—Pues, por algo muy extraño que me ha pasado anoche. Vamos a tomar un café y les contaré el suceso.

Nos metimos en un bar cualquiera, y nuestro amigo empezó el relato. Vale la pena reproducirlo aquí.

—El caso es que anoche, después de una interesante reunión en lo de... (aquí un par de apellidos de la crema rebatida de la crema), me fuí a casa, dispuesto a escribir unas cuantas páginas de mi nueva novela, que, como ustedes ya habrán leído en los periódicos, lleva un título muy sugestivo: 38 *kilómetros-Agatocles*. Me encierro en mi estudio, enciendo las lámparas infra-rojas, pongo en el combinado unos discos de Bach, fumo una docena de cigarrillos griegos, bebo algunas copas de scotch con kummel, y tecleo en la portátil. Estaba inspirado. De un tirón me despaché un capítulo (el XXXVII, que pasa en las Bahamas y es una ironía muy bien lograda sobre los duques de Windsor y su entourage. Claro está, sin nombres propios). Sigo fumando, sigo bebiendo. Y me dispuse a esbozar el capítulo siguiente (el XXXVIII, que se desarrollará en los barrios bajos de Tokío, con muy sabrosas alusiones a Roosevelt y a los problemas del Extremo Oriente, pero sin nombrarlos, naturalmente). En eso estaba, cuando de pronto oigo a mis espaldas una tosecita. Me doy vuelta, y entreveo en un ángulo del estudio, en la densa penumbra de la luz infra-roja y del humo de los cigarrillos, una figura humana.

—Sospechamos que una figura femenina — le interrumpimos, bromeando. — La Musa, quizá...

—No. Estoy hablando en serio. Una figura humana: un hombre, de media edad, flaco, pálido, vestido de negro, con unas ropas indefinidas. Bigote, barba, y, asomando por debajo del sombrero — que no se quitó — unas crenchas lacias. Pero todo esto que les estoy diciendo, borroso y desdibujado. Me quedé suspenso, creyendo en una vaga ilusión de los sentidos. La aparición se acercó a la mesa, y echó sobre ella una ojeada distraída.

"—Cuartillas, tabaco, alcohol... — dijo con voz suave. — Escritor, sin duda. ¿Poeta?

"—Poeta... a mi modo — respondí. — Novelista.

"—¡Ah! La novela... ¡Hermoso género! ¿Alguna historia interesante?

"—No, una novela sin historia. Las novelas modernas son sin argumento. Cuadros. Impresiones. Estados de alma. Ambientes... Muy lejos, por cierto, de Alejandro Dumas, de Walter Scott o de Charles Dickens.

"—Los autores que leíamos en mi tiempo.

"—¿Su tiempo? ¿De qué tiempo es usted?

"—Del siglo pasado. Que fué, por cierto, el siglo de la novela. Todos los escritores la cultivaban entonces, desde los más eminentes hasta los más ramplones: Gogol, Jorge Isaacs, Balzac, miss Becker, Goethe, la Invernizio, Tolstoy, José Mármol, Víctor Hugo, Paul de Kock, Alarcón, Poe, Manzoni, Eca de Queiroz, Julio Verne, Turguenief, Flaubert... y mil más. Todos, en fin.

Le interrumpí, sonriendo:

"—La novela del siglo XIX ha muerto. ¿Quién leería en nuestros días a George Sand, Bulwer Lytton, Puchkin, Fernán Caballero o Eugenio Sue? Lecturas inocentes, pueriles, cursis. Hoy, ni los niños se emocionarían con *la tumba debajo del sauce, el castillo maldito,* el suicidio de Werther o las penas de Amalia. Romanticismo trasnochado. ¡Qué ingenuo era el siglo XIX! ¡Pensar que el estreno de *Hernani* en París revolucionó al mundo entero, y que hubo manifestaciones públicas, y gritos y palos! No hace mucho, se exhumó *Hernani* en el mismo París, y hasta los hugólatras más empecinados se morían de aburrimiento. ¡Y semejante inepcia convulsionó al planeta cien años hace! Porque el éxito fué innegable. El romanticismo se extendió a los más remotos países. Aquí tuvimos a Echeverría, Juana Manuela Gorriti, Olegario Andrade... En frente a Magariños Cervantes. En España a Espronceda, Larra, Zorrilla. En Polonia, Czaikowsky. En Alemania, Novalis. En Venezuela, José María Manrique. En la China... ¡qué sé yo! Brotaban los imitadores como hongos en todas partes... ¿Quién se acuerda hoy de ellos? ¿Quién los lee? El viento se los llevó... Supongo que no va usted a defender eso...

"—No, no lo voy a defender.

"—Ni tampoco al naturalismo, que vino después. Y fué también un caso de imitación universal. ¿Qué país no tuvo su buena media docena de Emilios Zolas? El viento se los llevó. ¿Quién los lee hoy?

(Continúa en la página 12)

AÑO 24 — NUM. 897 OCTUBRE DE 1941

SUMARIO

•

Atlántida fundada el 7 de marzo de 1918 Es publicada mensualmente en Buenos Aires, República Argentina, por la Editorial Atlántida, S. A. Dirección General y Talleres: Azopardo 579, Buenos Aires. U. T. 33, Avenida 4594. Precio del ejemplar de ATLANTIDA: 50 centavos en toda la República. La suscripción anual en Argentina, en toda América y en España: $ 5 m/n. En los demás países $ 7 m/n. Por suscripciones o ejemplares sueltos dirigirse al agente local o en su defecto a esta Administración. Hay agentes de ATLANTIDA en todas las localidades de Argentina y países latinoamericanos, como también en las principales ciudades europeas. Representante General para la publicidad en Europa y Norte América: Joshua B. Powers, 220 East 42nd. Street, New York; en París: 21 Rue de Berri, 8e.; en Londres: 14 Cockspur Street, S. W. 1, y en Berlín: Potsdamer Strasse 72, W. 35.


FAMA
Primavera y Verano
Nuevos encantos en la nueva estación. Y una nueva maravilla en los delicados gustos de las colecciones, telas que presentamos para Primavera y Verano.
Arturo
Creaciones para la Alta Costura
CARLOS PELLEGRINI Y ARENALES

Nieve en Villavicencio



En un paisaje nevado posa la Sra. Olga B. R. de Lagos.

Matilde Martínez de Hoz y el niño Carlos Bollini Martínez de Hoz.

Carlos Bollini Shaw y su esposa, Dª Carola Martínez de Hoz, y su hijo Carlos.

Guillermo Leloir y su esposa en las escalinatas del Hotel Termas.

En la diplomacia



El ministro de Cuba y su esposa, Dª Carmen de Hernández Portela, ofrecieron una comida a nuestro canciller, Dr. Enrique Ruiz Guiñazú.

En la foto superior: Dr. García Arias, Sra. de Benavides, Dr. Ríos Gallardo, embajador de Chile; Sra. de Rodrigues Alves, Dr. Ruiz Guiñazú, Sra. de Hernández Portela y Dr. Carlos Alberto Acevedo, ministro de Hacienda. A la derecha: Sr. Armour, embajador de los Estados Unidos; Sra. de Leñero, Mariscal Benavides, embajador del Perú; Sra. de Dendramis, Dr. Chiappe, jefe del ceremonial, y Sra. de Tuck.


Au Meuble Rustique
Turmo & Danesto
Santa Fe 1170-74, U. T. 44, Juncal 7416
Talleres: Campana 1861/71
MAR DEL PLATA
Próxima la temporada de veraneo, hemos organizado un servicio especial de camiones propios a Mar del Plata, lo que asegura a nuestros distinguidos favorecedores una entrega segura y rápida de los amueblamientos adquiridos en nuestra casa.
Presentamos una serie de decoraciones completas realizadas en distintos "chalets" de la ciudad balnearia, efectuada con elementos de importación, cretonas, cerámicas, etc., cuyo realce ha merecido el aplauso y aprobación de nuestra clientela.
SUCURSALES:
MAR DEL PLATA
SAN LUIS 1729/31 - U. T. 3117
CAPITAL FEDERAL
SUIPACHA 628 - U. T. 35-0318
REPRESENTANTE EN LAS
SIERRAS DE CORDOBA
Sr. CARLOS CARR BROWN
VALLE HERMOSO - U. T., LA FALDA 32
AGENTE EN LA CIUDAD DE SALTA
Sr. MANLIO C. BRUZZO
RIVADAVIA ESQ. PUEYRREDON, SALTA

Cocktail party ofrecido por Da. Matilde Almanza Mendes Gonçalves de Fernández a las amistades de su hija Beatriz.



Raúl Rodriguez de la Torre, Beatriz Fernández Almanza, José María Videla y Leonor Gándara



Zelmira Videla y Eduardo Morgan.



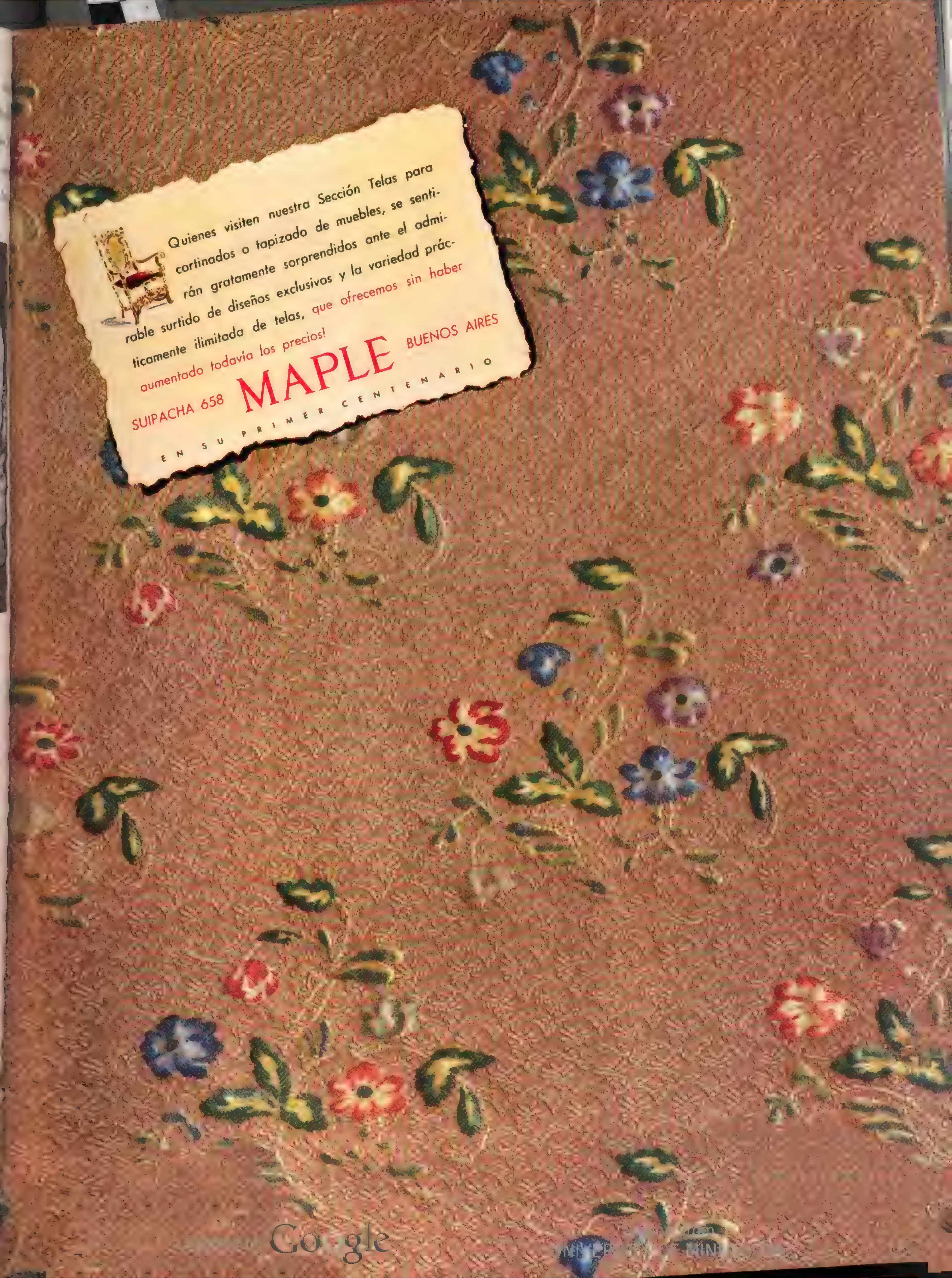
Marta Josefina Posadas, Ricardo Areco, Jaime Gálvez y María Rosa Rodríguez de la Torre.



María Luisa Gándara y Enrique Marín.



Alcira Barthe Raybaud, José M. Lavalle y Héctor Casabal Elía.


Quienes visiten nuestra Sección Telas para cortinados o tapizado de muebles, se sentirán gratamente sorprendidos ante el admirable surtido de diseños exclusivos y la variedad prácticamente ilimitada de telas, que ofrecemos sin haber aumentado todavía los precios!
SUIPACHA 658
MAPLE
BUENOS AIRES
EN SU PRIMER CENTENARIO

CADA TREINTA AÑOS...

(*Continuación de la página 5*)

"—Nadie, seguramente.

"—¡Claro! Todo lo de entonces, arte, literatura, poesía, teatro, resulta hoy ridículo, cursi. Cromolitografías de *Romeo y Julieta* o *Il Trovatore*, el vals *Sobre las olas* o *Lejos de mi bien amado*, poesías en que las *bellas* rimaban con *querellas*, y el *hado* soplaba *las brisas del Plata* en el *bajel* llevándolo por *doquier*... ¡Merengue, cursilería, mal gusto!...

"—De acuerdo, de acuerdo. Pero volvamos a su novela. ¿Cómo las hacen ustedes ahora?

"—Hemos roto en absoluto con el pasado. Ya le dije que la novela de ahora no tiene argumento propiamente dicho. No es una anécdota desarrollada en 250 páginas. Ni defiende una tesis, ni plantea un problema determinado... En suma: no sigue una dirección rectilínea. La acción, las ideas, los personajes se polifurcan. Son variados, contradictorios, grises y a ratos incomprensibles como la vida misma. Complejos y superficiales a un mismo tiempo. Todo ello en 600 u 800 páginas. El autor se vuelca entero en su obra. Luce cuanto sabe, y un poco más: el psicoanálisis, las vitaminas, el último perfume de Lanvin, el nazismo, la conga, el surrealismo, las poesías de Pablo Neruda, el complejo de Edipo, las tendencias musicales de Stravinsky, los matrimonios a prueba, el caucho sintético, las canciones de Harlem, los estupefacientes, las ideas de Ruiz Guiñazú, el problema del petróleo... La vida actual, en fin, sorprendida con los más audaces enfoques. ¿Ha leído usted *Point counter point*, de Aldous Huxley, o *The Last Puritan*, de George Santayana?

"—No, señor. No los he leído.

"—Lo siento. Porque así escribimos todos los novelistas de 1941. Hay centenares de Aldous Huxley aquí, en Turquía, en Haití, en Nueva Zelandia, en el Japón... La literatura se ha encontrado, por fin, a sí misma y hoy la novela se ha fijado definitivamente.

"—Es muy posible. Pero el caso es que, hace ya largo rato, dijo Arturo Schopenhauer en su *Parerga y Paralipomena* estas palabras, más o menos: "Cada treinta años sale a relucir una nueva generación de mozalbetes que lo ignoran todo, que quieren devorar sumariamente, y a la carrera, los resultados del saber humano acumulados a través de los siglos, y que pretenden, en consecuencia, ser más hábiles que todo el pasado en conjunto". Estas generaciones de mozalbetes son las que se adhieren con ardoroso entusiasmo a las novedades, a las modas que se lanzan en su tiempo: fueron románticos los de 1830, naturalistas los de 1880, neosensibles en 1920, y surrealistas, o algo por el estilo, los de 1941. Aquí los hemos tenido, como en todas partes, al por mayor: imitadores de Hugo, imitadores de Zola, imitadores de Huxley... Se los llevará el viento, y ni el recuerdo de sus nombres llegará a las generacio-

(*Concluye en la página 14*)


LA ETERNIDAD AL SEGUNDO
Adaptación de "El tiempo descubriendo a la Verdad" pintura de Tiépolo.
EL TIEMPO DESCUBRE LA VERDAD
El tiempo, piedra de toque de la calidad, ha consagrado el mérito excepcional de los relojes "Universal", pues todavía hoy existen modelos "Universal" que marchan con inalterable exactitud desde 1894. ¡Antiguo prestigio este que culmina en cada uno de los modernos relojes "Universal" a través de 47 años de continuo perfeccionamiento!
1
2
3
4
5
UNIVERSAL GENEVE 1894
1. "UNIVERSAL" modelo "Deauville" para dama. De oro 18 ktes., pulsera de serpiente. Para la tarde.
2. "UNIVERSAL" modelo "Margot" para dama. De oro 18 kilates, con vidrio óptico, pulsera de cuero de reno. Para sport.
3. "UNIVERSAL" baguette, modelo "Vogue" para dama. De oro 18 ktes., con pulsera de cuero de reno. Para soirée.
4. "UNIVERSAL" modelo "Rodin" para caballero. De oro 18 ktes., vidrio bombé, pulsera de cuero de porc doré.
5. "UNIVERSAL" modelo "Cezanne" para caballero. De oro 18 ktes., extra chato, con división horaria, en oro 18 ktes., pulsera de cuero de pecarí.
RELOJES
UNIVERSAL
GENEVE
Corona
FLORIDA 532
FRENTE AL JOCKEY CLUB

CADA TREINTA AÑOS...

(*Conclusión de la página* 12)

nes futuras. En cambio, observe usted — aun en nuestro medio, tan poco dado a la literatura — cómo han quedado aquellas obras que se produjeron con sinceridad, sin atender a modas, a *ismos* ni a novedades: *Martín Fierro, Facundo*... Pasan las escuelas revolucionarias, nacen, viven y mueren las más extravagantes tendencias, y Hernández y Sarmiento siguen en pie, incólumes, indestructibles, ajenos e indiferentes al mimetismo de "los mozalbetes que lo ignoran todo".

"—Muy bien. Lo que usted dice es verdad en cuanto al pasado se refiere. Pero hoy es muy otra cosa. Hoy hemos superado el problema y le hemos encontrado la solución tanto tiempo buscada. Nuestros libros traducen la verdad humana, la verdad inmortal, y quedarán definitivamente. Tenemos plena conciencia de estar edificando para la eternidad, como los constructores de las Pirámides...

El aparecido me miró un largo rato y, disponiéndose a partir, me dijo palmeándome el hombro...

"—Joven amigo: no se forje usted vanas ilusiones. Acuérdese usted de las palabras de Schopenhauer: cada treinta años sale a relucir una nueva generación... que se ríe de la anterior. Así como ustedes encuentran *ridículos y cursis los bajeles*, las *quedejas*, las cromolitografías de *Il Trovatore* y las notas dulzonas de *Sobre las olas*, así los mozalbetes de 1970 se reirán y encontrarán ridículos y cursis el surrealismo, la conga, las novelas de Aldous Huxley, los versos de Pablo Neruda y las tendencias musicales de Stravinsky... Al tiempo. Usted lo verá, porque sospecho que, optimistas y encariñados con la buena vida, tienen ustedes la saludable costumbre de no suicidarse como Werther y como Larra... Y usted lo pase bien.

Dijo. Y se esfumó.

•

NOTICIARIO LITERARIO



"El Nuevo Mundo", por Juan Stefanich, ex Ministro de Relaciones Exteriores del Paraguay. El autor subtitula su obra "Una nueva teoría de la democracia" y la presenta en 8 círculos de simultáneo interés ideológico y social: I) Individuo, II) Familia, III) Municipio, IV) Región, V) Raza, VI) Nación, VII) Continente, y VIII) Humanidad. Ed.: Paraguay Nuevo. Talleres Gráficos de la Librería Perlado.

Hemos recibido el primer número de "Paraná", revista de artes y letras que edita y dirige en Rosario el escritor R. E. Montes y Bradley. Este espléndido ejemplar, de 140 páginas, contiene numerosas colaboraciones literarias y algunas reproducciones de cuadros en colores: "Gualicho", témpera por Leónidas Gambartes, y "Andrea", óleo por Enrique Estrada Bello, etc.

"Versos de otoño", por Juan Carlos Mena. Un volumen de 160 páginas (21x16). El autor divide en tres partes la obra: I) Inicial, II) Quince poemas, y III) Viñetas. Impreso en la Imprenta López.


Montseny
SARMIENTO 840
(entre Esmeralda y Suipacha)
EVAX
Creaciones que enaltecen la joyeria moderna
Perlas
EVAX
SARMIENTO 840



NOTAS MUSICALES

por EDUARDO TISCORNIA

"Lin Calel" del maestro D'Espósito

Se pierde el crepúsculo en el océano, cantan los espíritus del mar, sus voces puras se quiebran sobre el agua clara.

Se pierde el crepúsculo en la roca, cantan los espíritus del aire, sus voces puras se quiebran sobre el suelo fuerte.

Y todos cantan parecida canción, que todos son espíritus de la naturaleza.

Y unos cantan en *Sirénes*, de Claudio Debussy, y los otros en *Lin Calel*, de Arnaldo D'Espósito.

Lin Calel es muy hermosa. Su madre es blanca, su padre, jefe araucano. Y los araucanos están en guerra con los blancos, y van a celebrar el *viñatum* o asamblea propiciatoria antes de la lucha.

Víctor Mercante se inspiró en el poema de Holmberg para hacer el libreto, modificó algo el argumento, dió otro destino a la heroína y muy distinto curso a los hechos, pero no alteró el nombre de los personajes.

Arnaldo D'Espósito compuso una música que, por su variedad, abarca casi todas las tendencias conocidas y que por su trama elástica podría adaptarse a miles de argumentos diferentes.

Revela una habilidad técnica extraordinaria para la orquestación. Solo así se puede poner toques wagnerianos en páginas al estilo de Copland y alternar recuerdos de Igor Strawinsky con bellas romanzas criollas.

Se percibe en el autor inquietud. Es el buscador incansable que, combinando el inmenso material que guarda su cultura y pulsando sin cesar las cuerdas a su alcance, espera el día de encontrar lenguaje propio de expresión.

El primer dúo, aquél de Tromen Curá con su hija Lin Calel, pone una nota deliciosa de bailecito, lleno de frescura. Podría resultar muy bien acompañado por guitarras solas.

La irrupción del Cacique Colikeo tiene otro sabor. Se abandona súbitamente la dulzura y aumenta la tensión, *l'élan tragique* llega al máximo con las palabras: *¡No, no, no, jamás!* Y sigue un suave dúo de amor con Lin Calel. Aparece, sombría, la hechicera Parnopé que invoca los espíritus que a su conjuro surgen más tarde bajo la forma de vapor de agua blanco y denso (forma que también suelen tener los espíritus de los grandes trenes expresos). Lin Calel canta una tierna Ave María de pura tradición gregoriana. Los indios duermen y sueñan imágenes atormentadas. Leyenda extraña y torturante de enanos que habitan los montes, forjan los metales y bailan danzas ultramodernas. La música atormenta y tortura, hasta que el alba extingue la dolorosa visión.

El segundo cuadro muestra el *viñatum*. Las tribus están reunidas. Ante ellas, Tromen Curá, con sencillo lenguaje dice: "Una estrella en el Oriente, nuevo día os anuncia, el hijo de los huincas os quiere conquistar". Los coros rugen de bravura, la música da esa sensación perfecta y necesaria de confusión que siempre ha distinguido a las asambleas humanas. Parnopé, la hechicera, consulta la voluntad de Fta Huentrú. El Supremo se inclina en el sentido de auspiciar el matrimonio de Lin Calel con Auca Lonco, poderosísimo cacique de los Puenches. Tromen Curá entrega su hija. Lin Calel manifiesta su franca desaprobación y Colikeo sale en su defensa y se bate con Auca Lonco, al que infiere herida mortal. En este momento la música da la impresión del caos, las tribus se aprestan a luchas fratricidas. Y Colikeo, mostrándoles la piedra azul de los Andes, tranquiliza sus pasiones.

Y renace la calma.

Todos los protagonistas están completamente poseídos por el espíritu de la obra. Crean tal clima de sugestión, que por momentos parecen cantar en araucano.

Escribir óperas en esta época es intento sobremanera arriesgado. El éxito de una manifestación de arte está condicionado al momento histórico en que se conoce la obra. Adecuado a las posibilidades del ambiente. Es el resultado de la manera particular que tiene cada época de concebir la belleza.

El apogeo de la ópera se dió en el siglo pasado. El ritmo vital de entonces era completamente distinto al actual. Vivimos en una época en la que el hombre medio es mucho más complejo, sabe muchas más cosas — lo que no importa de modo alguno que sea más culto; el ser culto se refiere a la calidad y la armonía de los conocimientos y no a la cantidad de ellos, — es menos ingenuo y, por sobre todo, menos conformista, porque tiene enorme variedad de cosas entre las cuales elegir.

Se vive sediento de realidad y se exige realidad hasta en la ficción. Que si se muestra un hada, no haya cosa alguna que permita dudar de que es un hada. Que si se dice que la acción transcurre en Persia, nada haga creer sino que transcurre en Persia.

Y la ópera es ya demasiado limitada en sus posibilidades. Carece de recursos para conformar esa sed de realidad. Y los argumentos aburren porque difícilmente pueden interesar simples historias de amor y muerte cuando el cinematógrafo, el teatro, la literatura y las artes plásticas precisan los más complicados problemas psicológicos.

Sólo nos queda entonces la pura belleza musical. Lo que excluye aproximadamente un noventa y cinco por ciento de las óperas que se ponen en escena en el Teatro Colón, que son nada más que pretextos para dos o tres entreactos.

Por eso escribir óperas en esta época es intento sobremanera arriesgado. Y se corre el peligro de inspirarse en la música contemporánea, que es torturante y confusa y completamente desorientada, porque tal es el signo de este tiempo que es torturado y confuso y completamente desorientado. Y tales elementos en conjunción no pueden dar más que valores transitorios marcados ya con el sello oscuro de lo decadente.


marilu
JEUNES FILLES
JEUNES FILLES
FLORIDA
BUENOS A

En obsequio de Marta de Elizalde y con motivo de su regreso de Europa, Cora Méndez Muñiz ofreció una reunión en su casa.

Cora Méndez Muñiz y Alberto Freixas.

Abajo: María Alvear Santamarina y Enrique Bachem.

María Teresa Sojo y Carlos Joost Newbery.

Marta de Elizalde y Henri Arditi.

María Julia Bidau y Jacinto Ruiz Guiñazú.

Córdoba 996 - piso 6º

Walter Vasen

U. T. 31-8391 y 32-2847

La Venus de Milo,

considerada por los antiguos como modelo de perfección física, tenía las siguientes medidas:

Estatura	**1.50 mts.**
Cuello	**0.30 „**
Brazo	**0.36 „**
Busto	**0.86 „**
Cintura	**0.71 „**
Caderas	**0.93 „**
Muslos	**0.45 „**
Pantorrilla	**0.33 „**
Tobillo	**0.20 „**





Hoy,

una señora o señorita de 1.50 metros de estatura y las medidas de la Venus de Milo sería una mujer robusta.

La Sra. de Vasen — de la misma estatura — tiene las siguientes medidas:

Estatura	**1.50 mts.**
Cuello	**0.30 „**
Brazo	**0.27 „**
Busto	**0.84 „**
Cintura	**0.62 „**
Caderas	**0.84 „**
Muslos	**0.46 „**
Pantorrilla	**0.29 „**
Tobillo	**0.17^{4} „**



Una faz del masaje en los Balcanes.



Modelación de piernas.



Piernas ya modeladas.



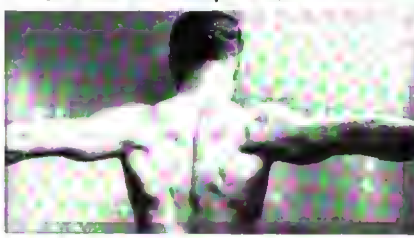


MASAJES FACIALES

La belleza de una cara no depende solamente de que sus rasgos sean perfectos, sino en su mayor parte de la expresión, suavidad de líneas y cutis. Las expertas manos de un masajista facial deben tratar de acentuar la personalidad, e individualmente embellecer cada rostro. Como no hay dos caras iguales, no se hacen dos masajes iguales y cada rostro es tratado de acuerdo a su configuración.



Otra faz del masaje en los Balcanes.



El masajista tiene que ser fuerte y dotado de gran resistencia.



Baño de espuma, excelente ayuda en la reducción.

ANTES

Fecha	15/II
Peso	58
Pecho . . .	91
Espalda .	84
Cintura .	74
Abdomen	91
Caderas .	89
Muslos . .	59
Pantorrilla	32
Tobillo . .	21



Susy del Carril.

DESPUES

Fecha	14/IV
Peso	52
Pecho . . .	85
Espalda .	80
Cintura .	67
Abdomen	83
Caderas .	88
Muslos . .	52
Pantorrilla	32
Tobillo . .	19

Con estas medidas se demuestra nuevamente la eficacia de las manos de Walter Vasen, que modelan hasta la silueta más rebelde.

Nota: Es absolutamente indispensable pedir hora para consultar, con anticipación.

Nueva Belleza-Nueva Comodidad

POR DENTRO

POR FUERA

Este es el modelo familiar 250R. Le ofrece todas las nuevas ventajas Frigidaire. ¡Será el protector ideal de sus alimentos!

FRIGIDAIRE

FRIGIDAIRE

ha creado para su hogar, una brillante combinación de lujo, economía y utilidad

Los nuevos Frigidaire han sido diseñados para dar a los hogares argentinos una segura protección a sus alimentos, aumentar su confort y propender a su economía.

"Por dentro y por fuera" ofrecen a Ud. nueva hermosura y nueva comodidad en el uso diario.

¡Una creación sensacional! Nuevo Acabado Exterior

Esta es la novedad sensacional de los nuevos Frigidaire. Todos ellos vienen terminados exteriormente en acabado legítimo Dulux de Horneo, producto de la famosa marca DuPont. Es éste un nuevo acabado: ¡siempre brillante, siempre limpio, perdurablemente hermoso!

---

25 AÑOS AL SERVICIO DEL HOGAR Y DEL COMERCIO



Hace un cuarto de siglo que se fabricó el primer Frigidaire. Desde entonces, se han vendido ¡más de 6.000.000! Esto prueba su irrefutable supremacía.

Frigidaire

Un Producto de la General Motors

Concesionarios en la Capital Federal y alrededores:

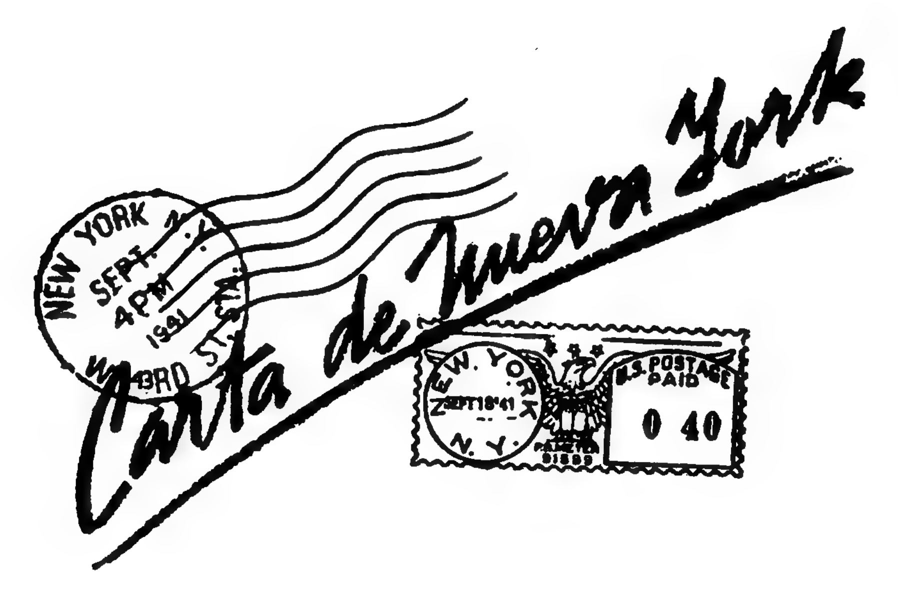
H. W. PEABODY & CIA. ARGENTINA LTDA. - Santa Fe 1270

EDUARDO N. GONZALEZ & Cía.
Bdo. de Irigoyen 1230

RABOSSI Hnos.
Corrientes 4234

SAMUEL RING
Cabildo 1553

Otros concesionarios, venta y servicio en toda la República



por ALEJANDRO SHAW (h.)

▼ *Amigo lector:*

Antes que nada debo pedirte anticipadas disculpas por el tono eminentemente personal de esta nota, y por cierto insolente e involuntario dejo de petulancia que en ella pueda asomar.

Después de vivir un tiempo en esta metrópoli se tiene la impresión de que Buenos Aires es una ciudad pequeña y dormida, llena de falsos convencionalismos y con hábitos escasamente racionales, como el de cenar a las 21.30. (No te asustes, amigo lector: quien esto escribe es profundamente porteño y mucho quiere a Buenos Aires...) No me asombraría nada contemplar por la Quinta Avenida un peatón con un zapato o un florero a guisa de sombrero... El temor al ridículo, a mi juicio un grave mal porteño, no existe aquí, y si bien este hecho desorienta al comienzo, concluye por ser aceptado sin reservas. En los cines y los teatros las parejas contemplan la pieza estrechamente entrelazados... ¿Y acaso no es esto más natural y más humano que las reglas no escritas que lo impedirían en Buenos Aires? De más está decir que no me animo a decir aquí que en Buenos Aires el "chaperon" es una institución oficial. Sonreirían. Con toda razón...

Algunas características norteamericanas serían clasificadas por un porteño como infantiles ingenuidades: en el cine Paramount, por ejemplo, un órgano eléctrico reproduce las canciones más en boga, mientras en la pantalla aparecen las letras de las canciones, que son interpretadas por todos los espectadores, constituyendo un inmenso coro. Todas las parejas, aunque tengan 70 años, caminan por las veredas siempre cogidos de la mano.

Tuve ocasión de asistir a un gran baile de presentación. Muy semejante a un baile en alguna señorial mansión porteña, con la diferencia del mayor número de niñas, de la mayor estatura de los muchachos, de la costumbre de tomar leche antes que el baile concluya, y del cutting in. *Esto último consiste en que en pleno baile un muchacho reemplaza a otro que está bailando con sólo tocarle el hombro. En Buenos Aires, esta costumbre provocaría más de un altercado...*

Los aficionados al jazz se podrían dar diarios banquetes con su género favorito. Confieso que es muy poco lo que entiendo al respecto, pero que el escuchar a Tommy Dorsey me proporcionó un gran placer, pues su orquesta tiene extraordinarios instrumentistas, y el sonido es de tal calidad que parece provenir de una orquesta sinfónica. Cab Calloway dirige una excelente orquesta constituída exclusivamente por negros, y es un consumado bailarín. Benny Goodman deleita diariamente a miles de admiradores. Nuestro viejo conocido José Iturbi fué acerbamente atacado por la prensa por haberse negado a dirigir un concierto para clarinete y orquesta de Mozart, con Benny Goodman como solista. Iturbi consideraba que estaba por debajo de su dignidad figurar en un mismo concierto con el jazzman norteamericano, pero la prensa local recuerda que el músico español no vaciló en acompañar repetidas veces a Bing Crosby, a Bob Burns y a un conocido intérprete de canciones hawaianas... Posteriormente a este hecho, pude escuchar a Benny Goodman interpretando con la orquesta Filarmónica-Sinfónica de Nueva York el concierto en la *para clarinete y orquesta de Mozart. Su versión, si bien fría y escasamente sentida, fué perfecta en lo que se refiere a justeza del ritmo, calidad del sonido y variedad y riqueza del tono. En la segunda parte del programa, después de la Quinta Sinfonía de Beethoven, dirigida por un mediocre director canadiense, el insuperable clarinetista interpretó con su orquesta varias composiciones de su repertorio jazzístico, ante el delirante entusiasmo de los espectadores. A la objeción que va a plantear el amigo lector, responderé que, en mi opinión, hay una diferencia menor entre la Quinta Sinfonía de Beethoven y el "hot jazz", que entre una composición de Bach y otra de Tchaikovsky. Y ya que mencionamos al autor del* Cascanueces, *no está de más señalar que es el compositor favorito de este pueblo, seguido luego por Sibelius. Las obras de ambos figuran, desgraciadamente, con excesiva frecuencia en los programas... Pero el auténtico melómano encuentra compensación en programas consagrados exclusivamente a Bach o a Mozart, como los que pude escuchar en el Lewihson Stadium.*

▼ *Para comprender mejor la psicología de este pueblo conviene recordar que fué fundado por un grupo de habitantes de Gran Bretaña, descontentos, algunos, con el régimen de vida y las persecuciones de que eran objeto en su país de origen; ansiosos, otros, de encontrar una situación mejor. El oro no los atrajo tanto, como a los valientes conquistadores hispanos. Deseaban vivir en paz dentro de sus ideas religiosas, dedicándose a una vida de trabajo, honesta, fuerte, varonil. Recordemos, pues, que Estados Unidos no fué fundado por hombres con inquietudes artísticas, sino que aquellos que llegaron a Norte América hace tres siglos abandonaban la tranquilidad de un hogar ya establecido y todas las ventajas de la civilización, para dedicarse a un régimen de vida donde sólo el esfuerzo intenso y constante y la audacia podían dar de comer.*

Al lado del teatro norteamericano, algunas obras francesas, las de Bernstein, por ejemplo, parecen hoy tan anticuadas como los primeros automóviles. El fatídico triángulo, base de tantas obras que han entusiasmado a París, ya no puede resucitar como nervio de una trama. En Estados Unidos las obras teatrales, lo mismo que las novelas, están íntimamente ligadas al aspecto social de la vida diaria. Los problemas que reproduce son vitales, amargos tal vez, desoladores a menudo, ingenuos frecuentemente, pero siempre candentes y profundamente humanos. El teatro neoyorquino mantiene siempre un altísimo nivel. Ante salas llenas se representaban una veintena de piezas de primer orden. The Watch on the Rhine, *de Lilian Hellman, es una pieza anti-nazi, de una emoción constante, contenida, pero intensa.* The Corn is Green, *de Emlyn Williams, con Ethel Barrymore, describe con honda poesía la trayectoria de un joven minero que alcanzó a ganar una beca en Oxford.* Doctor's Dilemma, *de Shaw, da ocasión a Catherine Cornell para lucir su talento y su voz, de un timbre raramente seductor.* The Man who came to Dinner, *de Kaufamman y Hart, es una comedia digna de Tristan Bernard.* Pal Joey, *es una buena comedia musical.* Arsenic and old Lace, *con* Boris Karloff, suscita una ininterrumpida catarata de risas. Los actores más destacados de Hollywood están re-

(Concluye en la página 72)

La inteligencia de las mujeres

por H. L. MENCKEN

El hecho de que aún sea necesario en esta época, que se supone avanzada de la civilización, probar que la mujer está dotada de una inteligencia rápida y sutil, demuestra elocuentemente que su dueño y señor es un lamentable observador, lleno de prejuicios incurables y, en términos generales, bastante tonto. Pocos son — aun entre los feministas convencidos — los que admiten que exista la inteligencia de la mujer. Prácticamente todos creen indispensable acumular pruebas para establecer lo que debiera ser un axioma. Uno de los más eminentes entre ellos, W. L. George, que escribió todo un libro para demostrarlo, le da un título que cree imprevisto y sensacional: *La inteligencia de la mujer.*

De hecho, las mujeres no sólo están dotadas de inteligencia, sino que poseen, en sus formas más sutiles y preciosas, ese privilegio casi absoluto. A decir verdad, la inteligencia podría considerarse como una cualidad específicamente femenina. Los hombres son fuertes y valerosos. Saben amar, esperar y ser fieles. Los hombres, con romanticismo, se apasionan por lo que juzgan la virtud y la belleza. Saben penar y sufrir, es verdad; pero apenas tienen una chispa de inteligencia, apenas dan muestra de alguna capacidad y algún ardor en la búsqueda de la verdad, se afeminan y se revelan como inspirados todavía por la leche materna. "El ser humano — dice W. L. George, después de Weininger — no es jamás enteramente masculino o femenino. No hay, en realidad, ni hombres ni mujeres, sino solamente seres en los que las tendencias de uno de los sexos dominan." Encontradme un hombre indiscutiblemente inteligente, un hombre exento de sentimentalismo y de ilusiones, un hombre al que no sea fácil engañar, en resumen: un hombre de primer orden, y os mostraré en él toda una parte de femineidad. Es el caso de Goethe y Bismarck. Es el caso de Bonaparte. Las características propias del hombre, las cualidades exclusivamente masculinas son exactamente los signos distintivos del bruto. ¿El hombre de las cavernas no es acaso todo fuerza y valor? Sin una mujer que lo gobierne y piense por él, el hombre — caricatura de ángel, corazón de conejo en cuerpo de fiera — ofrece ante la vida el lastimoso espectáculo de un bebé adulto.



Se demostraría fácilmente, en efecto, que el talento superior en el hombre está siempre perfumado de femineidad y que, en otras palabras, la masculinidad y la idiotez no son sino una sola cosa. Entiéndase bien: no quiero decir que la masculinidad no contribuya para nada en ese complejo que llamamos el talento; quiero decir que éste no puede ser completo sin la contribución femenina, pues de hecho es un producto, una reacción de los dos elementos. Las mujeres de genio presentan la imagen opuesta. Recordemos a George Sand, a Catalina II y a la reina Isabel... La verdad es que ninguno de los dos sexos, a menos de estar fertilizado por alguna característica complementaria del otro, es capaz de alcanzar un alto grado de actividad humana. El hombre, sin la mezcla saludable de lo femenino, es demasiado tonto, demasiado ingenuo y demasiado romántico, fácilmente dominado por su imaginación. Lo que le impide llegar a ser otra cosa que un jinete, un teólogo o un director de banco. Y la mujer, sin algún rasgo de esa divina inocencia propia del hombre, es terriblemente realista para alcanzar los vastos horizontes de la fantasía que son el dominio mismo del genio. Aquí como en toda cosa en este mundo, lo mejor resulta de una mezcla, de una combinación de elementos. Un hombre absolutamente hombre carece de ese espíritu que es necesario para dar una forma objetiva a sus sueños sublimes y secretos. Y la mujer que no es más que mujer está demasiado inclinada al cinismo para ser capaz de soñar.

Lo que los hombres, en su egoísmo, confunden de buena gana con la falta de inteligencia, es simplemente la incapacidad de la mujer para manejar todos esos pequeños ardides intelectuales, ese conjunto de conocimientos insignificantes — verdadera colección cerebral de timbres — que constituyen el equipo mental del hombre medio. Un hombre se imagina que es más inteligente que su mujer porque sabe mejor sumar una columna de números y porque comprende el imbécil caló de la Bolsa; porque es capaz de distinguir las ideas de los políticos o porque está iniciado en las minucias de alguna profesión vulgar, como la de

(Concluye en la página 63)





INGRID BERGMAN

FOTO WILLINGER

"Uno, dos y tres"

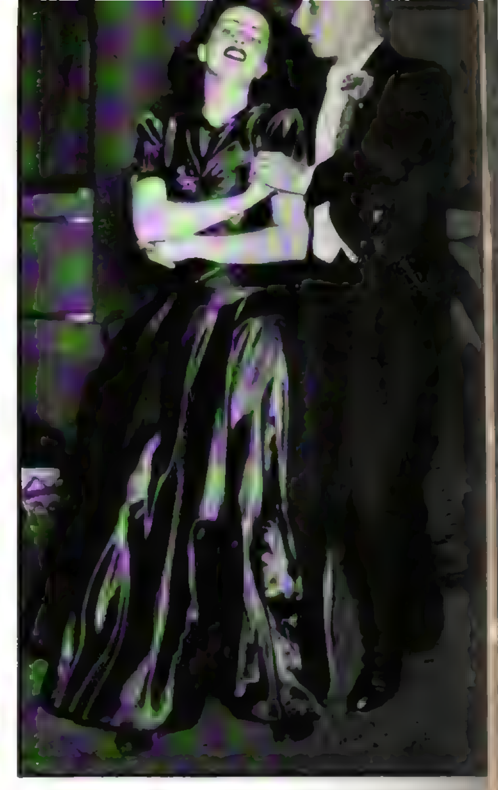
FOTOS POLZINETTI



En "Brasil", 1941: María Rosa Rodríguez de la Torre, Josefina Sáenz Rosas, Margarita Laplacette, Cecilia Bunge, María Angela Oliveira Cézar, Sara Polledo, Julia Uranga Bunge y Lola Cabrera.



Una cubana del cuadro "Habana": María Eloísa Berisso Obejero.



Clara Berisso Obejero y Carlos Joost Newbery en un vals.



Cuatro sueños del soñador Carlos Joost Newbery: Angélica Giménez, María Eloisa Berisso Obejero, Victoria Pueyrredón Saavedra y Delia Busch Frers.



La partida de Matilde Quintana y Lucrecia Peña. Las amigas: María Ayerza, Clara Berisso, Josefina Bustamante, Ana Cantilo, Débora Giménez, Elena Cantilo, Georgina y Gisele Huidobro, Sara Leloir, Elena Marcó, Antonieta Mignaquy, Sara Newbery y Ana Rivarola.



úblico e intérpretes bailan en el escenario de la boite [illegible]



Cubanas: Marcela Duggan, M. Elena Villegas, Leonor García Uriburu, Delia Busch Frers, M. Eloísa Berisso, Angélica Giménez, Estela Giménez Zapiola, Angélica García Mansilla, Ana Martínez Guerrero Schlieper, María Elena Landívar, Victoria Pueyrredón Saavedra, Matilde Josefina Roca, María Adela Vedoya, Ana Zavalía Bunge, Ema Speroni y Elena Videla Dorna.

La sala del teatro Politcama en la noche del estreno del espectáculo. Al festival artístico organizado a beneficio de las obras que sostiene el Patronato de Leprosos asistieron las figuras más prestigiosas de nuestra sociedad.



Julia Ema López Roca, en "Carmen Miranda".



Carlota Bosch Mayol, bailando la jota en las variedades de la boite "Monte Carlo".



Susana Bosch Mayol, en la interpretación de un baile español.

Matilde Quintana Sánchez Elía, en "Nueva York".



Angélica Larrain



Sara Lacroze Reyes



Inés Nevares Amadeo



Florencia E. Ledesma Aráoz



FOTOS LERNER

Dolores Ugarte Anchorena

LA ANECDOTA DE GABRIEL ALOMAR POR FRANCISCO MADRID

Las calles de Palma de Mallorca olían a postres caseros. El silencio provinciano de algunos rincones quedaba herido por nostálgicos ruidos portuarios. Pasaban mujeres airosas y llenas, ataviadas con ropas pintorescas, y sacerdotes que caminaban, ceremoniosamente, por el centro de la calzada, recibiendo el saludo de unas ancianas o el besamanos de algunos chiquillos en busca de estampitas. Los artesanos trabajaban en los umbrales de sus casas. Palma de Mallorca cruzaba un día más de su existencia plácida. Allá, en una casa amplia, con galerías claras y pasillos oscuros, comedor grandioso y sótanos húmedos, patio claro y despacho silencioso, vivía un profesor del Instituto... La casa respiraba comodidad y calma. Cinco, seis o siete chiquillos corrían por el zaguán y las habitaciones inferiores, tropezando con las sillas o los muebles que sostenían montones de diarios amarillentos y envejecidos. Tenían campo abierto en toda la casa, menos en el despacho del cabeza de familia. Nada había ordenado ahí, pero quien trabajaba hasta altas horas de la madrugada puso en el desorden una organización placentera. Si alguien le arreglara los montones de libros o de notas, perturbaría la vida y la obra de este hombre... Por la mañana, el hombre tomó su desayuno provinciano y acudió a sus clases diarias... Le saludaron los vecinos, con voz simpática: — *Bon día, senyor Alomar...*

Y el maestro contestó a la salutación matinal con acento cordial y mecánico... Así atravesó varias calles y plazoletas suaves. Ya en la clase abrió los ojos de los muchachos a sus enseñanzas. *Enseigner, c'est apprendre deux fois,* dijo Joubert. Y el maestro lo sabía.

Ha cumplido sus deberes. Ha recorrido el mismo camino. En la casa se halla con los besos de unos hijos alborotadores y la comida que ha preparado una esposa casera. El cartero dejó correspondencia en el zaguán. Mucha correspondencia. Cartas y periódicos. Las cartas, a veces, llevaban firmas prestigiosas: Georges Clemenceau, Rubén Darío, Miguel de Unamuno, Joan Maragall... Los periódicos procedían de muchos países. Los hijos coleccionaban estampillas de correo y se disputaban los sobres y las fajas. La comida era siempre la misma. Un puchero generoso y unas frutas. Luego el maestro entraba en su despacho. Leía, trabajaba... A la media tarde cerraba cartas y sobres. Caminaba por las calles silenciosas de Palma de Mallorca y llegaba al puerto. Los turistas iban y venían por los muelles. El maestro tropezaba con los changadores que ofrecían sus servicios a gritos. Se hablaba en inglés, en francés, en castellano, en mallorquín... Las máquinas de retratar colgaban de los hombros de los viajeros. Muchos de ellos se llevaban un ejemplar de *La isla de la calma,* de Santiago Rusiñol, o *Un hiver a Majorque,* de Georges Sand y fotografías de la celda donde la escritora francesa y Federico Chopin se amaran y disputaran, o el retrato de Rubén Darío vestido de fraile... Inevitablemente eran muchas las cajas de ensaimadas que se embarcaban todas las noches.

El maestro ha cruzado por entre las valijas y los viajeros y ha depositado en el buzón unos sobres. Van dirigidos a otras personalidades: Arístides Briand, Pablo Iglesias, Bernardino Machado, Farinelli... O bien a directores de periódicos de Buenos Aires, Nueva York, Madrid o Barcelona... Regresaba a la ciudad. Atravesaba las plazas: contemplaba la puerta de la Catedral construída por Pere Morey, o las soberbias estatuas de San Pedro y San Pablo del famoso Sagrera, y seguía adelante... El profesor conocía perfectamente los tesoros de su pueblo. Si se hallaba ante la Lonja, sabía que era obra del rey *Martí, l'Humá,* iniciada a principios del siglo XV; si se detenía ante el número 13 de la calle de Serra advertía que ahí estaban los Baños Arabes que cifraban un período de la civilización mallorquina, y si contemplaba, de lejos, el Castillo de Bellver, no olvidaba que desde allí gobernara el rey Sancho y que Jovellanos estuvo preso.

La gente le saludaba con respeto. Algunos decían que tenía pactos con el diablo, pero los sacerdotes de la Catedral, que regresaban de rezar las secuencias vespertinas, le saludaban amablemente. Se decía que era un "terrible anarquista" y un "espantoso revolucionario", pero la vida familiar que le rodeaba y las costumbres morigeradas de todos los días no señalaban en él ninguna actividad "contraria a las leyes". Sin embargo, la gente de "sa casa" recordaba que en el año 1909 defendió a un dinamitero y que seguía escribiendo artículos, al parecer, terribles, en la prensa liberal del país.

El profesor se llamaba Gabriel Alomar. Era bajito, delgado; tenía una cabeza de jilguero; usaba cuello almidonado, harto holgado, y una chalina azul con lunares blancos, que servía de guía al transeúnte para descifrar en él a un artista. La ropa raída y limpia descubría a un hombre de poco dinero. La calva prematura era reluciente y simpática. Sobre la nariz respingona unos lentes montados al aire hacían milagrosas acrobacias para no caerse, y detrás de los cristales unos ojos pequeños y luminosos miraban fijamente las cosas y los hombres.

Cuando ha cenado y los chicos van a dormir a sus alcobas llenas de sombras y ruidos de viejos caserones, Gabriel Alomar penetra en su despacho nuevamente, enciende la lámpara de petróleo y abre unos libros que llegaron en el último correo. Teorías, Doctrinas, Ensayos .. Y cuando el sereno cruza la calle para advertir la hora y el buen tiempo, la luz mortecina de una ventana de la casa de Gabriel Alomar revela que hay un espíritu despierto sobre la ciudad enmudecida. La catedral deja oír dos enormes campanadas. El silencio de la capital se inunda de sonoridades brujas... Gabriel Alomar bosteza... Y cuando va a apagar la luz para acostarse, oye sonar con estrépito el aldabón de una puerta.

Hay un silencio. Gabriel Alomar se pre-

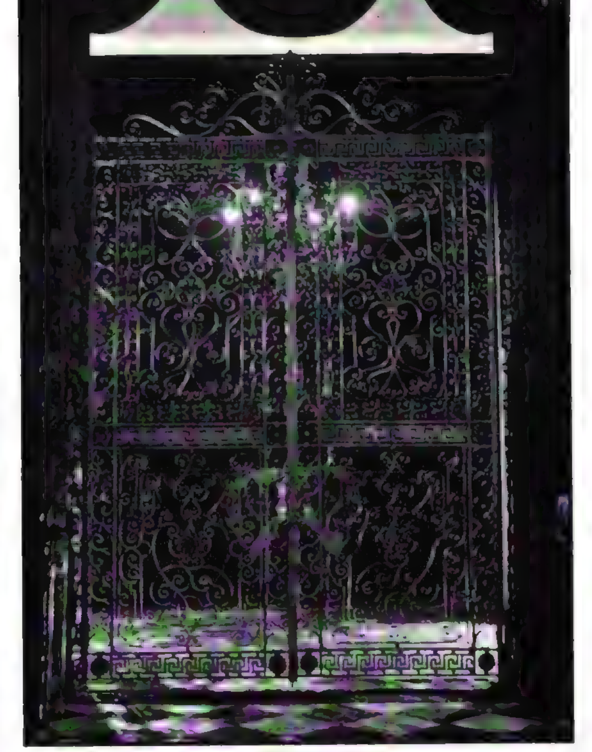
(*Concluye en la página* 68)



GABRIEL ALOMAR



En el salón el piano de Adelina Patti, que obtuvo el gran premio en la Exposición de París de 1878.



Reja virreinal en la entrada del salón principal.



Retrato firmado por Pueyrredón de los esposos Atucha que vivieron por primera vez en la casa de Suipacha 50.

La casa de Da. Nydia Ocampo de Atucha

por Clara Sobremonte

En el mismo corazón de Buenos Aires, como un desafío al tiempo que pasa y a la piqueta que demuele viejas arquitecturas para dar nacimiento a otras de nueva inspiración, en la primera cuadra de la calle Suipacha, consérvase aún la casa más antigua de la capital federal. Pertenece a la época de los jesuítas y tiene ya más de dos siglos en poder de la familia que actualmente la habita: la de Atucha.

Nada hace presumir, si se contempla al pasar esta vieja construcción, que ella atesore una riqueza histórica semejante a la que se guarda en sus salones y patios coloniales, en sus decoraciones y moblajes, y en sus documentos referentes a las personas que la habitaron o que disfrutaron, en el corrrer de doscientos años, la hospitalidad de los Atucha. Solamente el color y las rejas de su frente, imponente dentro de las casas de su estilo, la presenta como una nota caprichosa dentro de la ciudad, ahora elevada hacia la altura; en una medida que excede cuanto pudo haber imaginado un porteño de hace medio siglo atrás.

Pero he aquí que traspuestos sus umbrales se abre pronto a los ojos la perspectiva de las rejas virreinales, que enmarcan la entrada hacia el salón principal, por un lado, y por otro hacia el patio delantero, en el

(*Concluye en la página 60*)



Espejo con marco de plata, que fué de pertenencia del primer morador de la casa, el obispo Medrano.



Vajilla que perteneció al obispo Medrano y de la que se conservan, en perfecto estado, numerosas piezas.



Retrato del general Ortiz de Ocampo. Fué el primer militar de su grado en América.



En el patio, un aljibe de más de dos siglos.

Vitrina con antiquísimas joyas y abanicos de distintos miembros de la familia Atucha.





FOTO RICHEE - PARAMOUNT

Irene Dunne

La pintura mural mexicana

por Elías Faure



Arriba, a la derecha: el famoso artista mexicano Diego Rivera esbozando a la carbonilla el croquis del fresco que pintó en 1933 en el gran hall del edificio RCA, en el Centro Rockefeller, de Nueva York. El fresco tiene 63 pies de ancho y 17 de alto. Forma parte del tema de ornamentación del centro denominado *Las nuevas fronteras*.

ES un contrasentido hablar de *arte moderno*. El arte nunca es moderno. Es o no es. En México, particularmente, el arte, siempre moderno, se ha hallado presente siempre. El indio de México es hoy igual a como era antes de la llegada de Cortés, y lo mismo puede observarse en lo que resta del arte llamado *colonial*, sobre todo en las iglesias. Concebidas sin duda por arquitectos italianos — pues el domo romano reemplazó a la aguja francesa adoptada por los castellanos, — aquellas fueron construídas, esculpidas, pintadas y decoradas por artesanos aztecas, que poseían una preparación atávica y tradicional suficiente para poner en la materia ese sabor de fruta que hace tan patéticas las cúpulas de Anáhuac; para labrar el muro, si se trata de alojar en él a un santo, y el nicho y la estatua; para cincelar y pintar con tan acertado gusto los elementos decorativos que al ornar las altas paredes de las naves y los claustros subrayan la achaparrada fuerza de los capiteles y rodean los altares de anchos trenzados minerales parecidos a guirnaldas de frutos y flores.

Las casas en que habitan indios o mestizos, y la mayor parte de las casas de los blancos, están pintadas, por dentro y por fuera, con colores vivos y leves, y el conjunto da a Puebla o a Cuernavaca, por ejemplos, ese tono de armonía aérea, posada sin insistencia, como alas de mariposa o polvo de flores, sobre culturas remotas. Desde lo alto de su catedral, Puebla parece el manto de una infanta de Velázquez. Es preciso evocar la atmósfera que semeja de perlas y plata, como en Andalucía o en Castilla. Los tonos transparentes que rozan los vértices nevados del Ixtaccíhuatl, recuerdan los rastros brillantes que hacen tan agradables para los ojos del pintor las cuestas del Guadarrama. En México, desde los techos y las terrazas, se puede contemplar — como los antiguos náhoas desde lo alto de sus pirámides — el horizonte circular por donde navegan nubes argentadas y rosas, y ver las ropas puestas a secar, las ropas de los pobres. Se diría que son alas temblorosas, alas traslúcidas, como de insectos, en las que todos los tesoros de las profundidades submarinas hubieran depositado su capa más fina. Si se agrega a esto lo familiar de las flores, cultivadas en los laberintos de agua del risueño Xochimilco, los domingos, cuando las canoas cargadas de ramos y fruta circulan por entre los bordes floridos; en esas canastas desbordantes que se ven en las esquinas; en esos racimos escarlata o amarillo oro, que mujeres y niños agitan al pasar, se comprenderá que todos los sentimientos, aquí, se traducen por la exaltación del color. Se comprenderá la persistencia de la alfarería vidriada o pintada, cuya fabricación nutre — apenas — a pueblos enteros, y cuyas formas, tipos y decorado, que conservan inconscientemente la tradición aborigen, varían según la poética personal y los ritmos colectivos de una inagotable imaginación; se comprenderá que los campesinos que adornan el altar de la Virgen, tejan aún las hojas de maíz con la misma cuadrícula que forman los crótalos entrelazados en la

(*Continúa en la página* 66)



Whistler

J. M. WHISTLER, Esq.

Facsímil de un dibujo de John Watkins, de la terracota de J. E. Boehm, expuesta en la Grosvenor Gallery.

Aristócrata de la pintura se ha llamado con razón a Jaime Whistler, amigo de Degas y de Manet, de Fantin-Latour y de Puvis de Chavannes.

Norteamericano de origen, este pintor esencialmente personal pasó la vida en Europa. Londres y París conocían su figura elegante, llena de distinción. Ni en los reveses del comienzo, en la dura lucha de la juventud, perdió la dignidad de sus maneras. Erguido el talle pasaba, asestando el dardo de su mirada a través del monóculo que nunca abandonó, indiferente a las burlas. Su ondulada cabellera dejaba caer una mecha sobre la frente, convertida más tarde en "blanco penacho" al decir de un biógrafo.

Nació en Lowell (Massachussetts) el 10 de julio de 1834 y al cumplir 21 años se trasladó a París, donde presentó una serie de aguafuertes. En 1859 intentó, por vez primera, exponer un lienzo titulado "Al piano" y el jurado se lo rechazó. Al año siguiente, Londres se lo admitió. Sufrió así diversos fracasos hasta resolver fijarse definitivamente en Inglaterra. Allí hizo algunas aguafuertes del Támesis, para entregarse después a su carrera de retratista, su mayor timbre de gloria. A los retratos debió su fama cosmopolita.

¿Quién no conoce los retratos de la madre del pintor y el de Carlyle? Fué gracias al primero que cesó toda hostilidad contra Whistler. La serenidad del modelo, interpretado con el más alto sentido de dignidad maternal, lo convirtió en el símbolo de todas las madres del mundo. El Estado francés adquirió la delicada tela, imponiendo silencio a los detractores del autor. Tal victoria significó la gloria para Whistler. Europa y América se lo disputaron. Convirtióse en pintor de la sociedad, donde se elogiaba su "distinción en la interpretación" de las figuras.

En la pintura de retrato anidaba su arte fascinador. A más de los nombrados, quedaron célebres el de "Miss Alexander", el de "Teodoro Duret" y del "Conde de Montesquiou" entre muchos otros. Su teoría se expresaba así: "El artista no debe poner en el lienzo sino el aspecto del modelo el día en que fué pintado. La dignidad de la mujer sobrepasa a la moda y no depende de ella."

Realizó una decoración, titulada "Princesa del país de la porcelana", considerada una de sus obras maestras. Destinada al comedor de Mr. Teyland, pintó una figura rosa y plata, sobre la chimenea, de gran brillantez de líneas y de colorido.

Abandonó Londres hacia 1879, para trabajar un tiempo en Italia, donde ejecutó cuarenta aguafuertes de Venecia, pasteles y retratos. Cinco años más tarde Inglaterra le nombró miembro de la "British Artist Society". Estaba en el apogeo de su gloria y permaneció en Londres hasta 1896, fecha de la muerte de su esposa. Volvió entonces a París, donde tenía muchos amigos, entre los cuales gozaban de su cariño los esposos Fantin-Latour, testigos de sus difíciles comienzos en la capital francesa.

A propósito de este matrimonio de artistas tuvo una frase significativa, cierta vez que le preguntaron por sus amigos Fantin-Latour.

—Están bien — dijo; — los he encontrado haciendo, como siempre, pintura a cuatro manos.

Whistler tenía mucho ingenio, era cáustico en ocasiones, pero su conversación chispeante de gracia hacía la delicia de sus oyentes.

Tenía su casa en el primer piso de una vieja mansión de la calle Bac, cuyo ambiente enmohecido iluminó con decorado plata y azul, pinturas vulgares que su mágica paleta convirtió en precioso material. Casi no había muebles. Un jardinillo, convenientemente arreglado, servía para los "garden-party" del domingo, transformándose en un Versalles o un Saint-James Park, sin límites perceptibles, gracias al encanto de los dueños de casa y a su gentil recibimiento.

Vivía aún la esposa para hacer los honores a sus habituales visitantes: Teodoro Duret, el famoso crítico; Octavio Mirbeau, Roberto de Montesquiou, Rodenbach, Mallarmé, Arsenio Alexandre y diversos artistas ingleses o norteamericanos como Guthrie, Lavery, John Alexander, Sargent, y los franceses: Hellen, Puvis de Chavannes, Aman-Jean, su historiador José Pannel y su esposa, la escritora Elisabeth Robbins.

Estas serenas reuniones fueron interrumpidas sombríamente. Whistler sintió profundamente el duelo conyugal y ni siquiera le interesaban después las satisfacciones de la vanidad, como solía decir, puesto que hasta los más ignorantes lo aceptaban sin discutirlo.

Un visitante de los últimos tiempos escribe:

"Lo encontré en un vasto salón, pareciéndome de menor estatura que antes. Había envejecido mucho. Una oculta melancolía vagaba en sus frases amables y afectuosas. Su estridente risa de otrora, sus interjecciones, aparecían veladas y daban una impresión de ausencia."

Murió en Londres el 17 de julio de 1903. Sintiéndose mal y previendo su fin, empeñóse en hacer un largo paseo por las calles de la ciudad, en carruaje descubierto, con su largo bastón entre las manos y el eterno monóculo a través del cual languidecía ya su mirada...

Sus dichos y observaciones han quedado célebres entre los espíritus cultivados y algunas fórmulas suyas forman el credo de artistas incipientes a quienes dijo:

"Una obra es perfecta cuando no



"RETRATO DE LA MADRE DEL AUTOR"

revela ninguna huella de los medios empleados."

"La obra maestra debe ser, a los ojos del pintor, semejante a una flor: perfecta una vez abierta como lo era en capullo. Sin razón alguna de existir, sin fines que llenar. Alegría del artista, ilusión del amor, problema del botánico. Y para el poeta, azar de su ritmo y de su emoción."

El anecdotario de Whistler es pródigo en salidas ingeniosas del artista, a quien temían todos los principiantes.

—Pero, señor Whistler — decía ofendida una pintora a quien le criticaba un cuadro. — ¿No quiere usted que pinte las cosas tal como las veo?

—¡Oh! A decir verdad, ninguna ley se lo prohibe formalmente. Pero será terrible el día en que usted vea las cosas tal como las pinta.

Cierto día recibió la visita de Mark Twain, quien se puso a examinar, en el taller, un cuadro recién pintado.

—No está mal — dijo el humorista. — Solamente que esta nube...

Y, haciendo ademán de borrar algo, agregó:

—¡Yo suprimiría esta nube!

—¡Por Dios! ¡Cuidado, señor! ¿No ve que la pintura está fresca? — gritó desesperado el pintor.

—¡Oh! No se preocupe por ello — replicó Mark Twain con angelical sonrisa. — No corro peligro alguno: tengo los guantes puestos.

Una dama, deseosa de congraciarse con el artista díjole como halago:

—Acabo de pasearme a lo largo del Támesis. Había una atmósfera de bruma deliciosa que me recordó muchos de sus delicados cuadritos. Era en realidad una serie exquisita de Whistlers.

—Sí — respondió con afectada gravedad el pintor; — poco a poco se convence la Naturaleza...

"RETRATO DE CARLYLE"



MADELEINE OZERAY

rizos y tules

POR
FRUTOS PAZ



Un poco donosa, un poco mariposeante, ausente y presente a un tiempo, Madeleine Ozeray aparece en la vida lo mismo que en la escena. Se desliza rápidamente, camina con un aire acariciador y melódico, y cuando para andar descalza sobre la alfombra del camerino se quita los zapatos, la imagen del recato, que no la del impudor, se presenta en el rosa claro y carnal de la nota ingenua que hacen sus pies al moverse.

Tiene la suficiente fantasía para decir:

—Adoro el misterio.

Pero sin darse cuenta de que sólo es este decir un desborde efusivo de su corazón, un razonar al aire libre como eso de desnudarse los pies para comprobar qué tal se siente la planta suave sobre la suave esmirna del tapiz.

A propósito de planta, y hablando de algo completamente ajeno a todo misterio, Madeleine Ozeray confiesa que desde niña le ha gustado bañarse en los frescos arroyos, pues...

—El agua tiene un alma armoniosa — dice, — y viéndola y sintiéndola hallo uno de los más delicados placeres que pueda sentir.

Sin embargo, este delicioso personaje, adecuado para un cuento de hadas o para ilustrar un cuadro de primavera, es la heroína de un Moliere travieso e incisivo, o de un Girardoux lleno de altivez, capaz de rodearla de quietud y de majestad con todos los adornos de la vida. Las manos aladas de Madeleine saben jugar airosas en las peripecias de *L'école des femmes*, cuando no parezcan dos alas desprendidas del alma misma de un pájaro en la estilizada *Ondine*.

—¿Cómo se siente viviendo esta ficción?

La comedianta se ofende. El teatro no es una impostura. Sus personajes no son personajes de fábula. Los dramaturgos no mienten. Y dice:

—Desde que alguien pueda sonreír o llorar en la platea con lo que hago y digo, es porque en ello hay algo más que la verdad y que la vida.

Quedamos, pues, en que para Madeleine Ozeray, iniciada a los catorce años como actriz, en el teatro no hay impostura como no la hay en la vida. Y hay que creer que nadie tendrá el poder suficiente para convencerla de lo contrario, una vez que haya entrado Jouvet al camerino, como lo hace habitualmente, y le haya besado las manos con el más delicado de los gestos, al par que le dice, en el menos teatral de los tonos, galanterías oportunas.

Después del elogio, las manos se apresuran a realizar frente al espejo la obra de embellecimiento recién comenzada. Un montón de cosméticos, siempre pocos cuando se trata de una mujer bonita — extraña paradoja que sólo las mujeres comprenden, — ayudan a encender las mejillas, por el capricho de hacer contraste con el platinado de los cabellos, o levantan pestañas inverosímiles por el de poner aún más en evidencia el azul de los ojos, brillantes y tórridos.

Entretanto, se habla de una preferencia por ciertos pintores y autores.

—Lo más grande que ha dado la pintura para mí es Botticelli — dice; — así como la literatura no ha producido nada más extraordinario que Shakespeare y Próspero Merimée.

Silencio propicio a la confesión. Por la urgencia de la hora, los pies desnudos entran en dos zapatos tenues y finos y se quedan unos instantes contemplados con pena por los ojos azules, como si fueran dos juguetes profanados.

—Algún día representaré *La tempestad*. Ariel es el personaje más grande y significativo de la literatura. Es el apostolado del idealismo, exalta la belleza de lo espiritual y enseña al mismo tiempo la nobleza y la fe.

—¿Usted piensa y cree en ellos?

—Si todo el mundo hiciera como yo lo hago, habría más felices que desdichados. El espíritu debe gobernar las acciones humanas. Es el único que lleva a renovar y ennoblecer las condiciones de nuestra existencia.

—Ariel no es un personaje de nuestro tiempo...

—Sí, lo es, y mucho. Ahora es cuando hay que comprenderlo. Para mí, la más interesante de todas las épocas es ésta en que vivo. Sin embargo, soy contraria al mecanicismo; no aprendería jamás a manejar un automóvil — y esto por una especie de inhibición para el esfuerzo deportivo. — Pero me gusta conocer las grandes ciudades con fábricas y movimiento como grandes colmenas de trabajo. Admiro los adelantos de la ciencia y las producciones del arte moderno. Me encanta el cine.

—Naturalmente. No cabe esperar otra cosa de una estrella.

—Pero mi paso por el cine no ha sido más que un accidente. Estoy convencida de que no tengo el tipo necesario para ser una buena actriz cinematográfica.

—¿Y por qué, precisamente, el tipo?

—Bueno, el tipo y las condiciones. Yo soy una mujer de teatro. El teatro me da la posibilidad de expresar en una forma humana, cálida y vibrante lo que siento o lo que creo que deben sentir los personajes descriptos por los autores. Por ejemplo, no concibo a Ariel en el cine. Este personaje sólo tiene que ser reflejado hacia el público de una manera directa, delicada e intensa a la vez.

Alguien le dice que piensa como una mujer inteligente. Pero Madeleine Ozeray, que cree en el espíritu y su acción, se muestra bastante escéptica con respecto a la inteligencia femenina.

—¿Qué es eso? — comenta. — Si hay una inteligencia valedera en las mujeres, es la del corazón. Yo admiro a las que son capaces de crear un arte, a las que se interesan por la política, a las que saben manejar sus negocios con habilidad; pero prefiero, francamente, a las sensibles, a las que todo lo logran por medio de la bondad y de la persuasión.

—Un hombre diría que entre estas últimas se ha de encontrar el ideal de compañera.

—No sé. Yo creo más en las mujeres que en los hombres y lo que ellos piensen me preocupa menos que lo que aquéllas hagan. Además, todavía no he pensado en formar un hogar. Pero debe ser, si lo afirman. De los hombres hay que esperarlo todo, lo bueno y lo malo, según decía una vieja amiga mía, encanecida en experiencias.

El no haber vislumbrado la posibilidad de casarse y convertirse en esposa — por excesiva adhesión al teatro, según confesión de parte interesada, — no impide a la fina intérprete de *Ondine* tener en su casa una abundante familia zoológica, lo que da buen testimonio de sus sentimientos amables y tiernos.

—Sí; tengo tres gatos, un perro, algunos pájaros, un pato...

Nada de coquetería. Enumera animales como quien dice sencillamente versos aprendidos en la infancia. Con la misma simplicidad y la misma ternura.

Ternura. *Tendresse*. Esa gran palabra inventada por los franceses para un significado que no halla igual en otros idiomas, es la que dice mejor de la vida y de la personalidad de esta graciosa actriz, a quien sientan irrevocablemente bien los rizos y los tules, el pie desnudo y las margaritas en los cabellos, pero a quien Moliere ha legado un secreto para ser dicho en *L'école des femmes* con la fuerza expresiva de un espíritu fuerte y maduro.

Reunión ofrecida a las amistades de su hija Rosa Amelia por don Carlos María Sojo y su esposa, doña Rosa Amelia Campos Urquiza



Emma Speroni, Horacio Casares, Isabel Madero, Nicanor Costa. Atrás: María Rodríguez Salas y Miguel Achával Molina.



Rosa Amelia Sojo Campos y Alberto Pradere Larreta.

FOTOS CARREÑO



Helena Alvear Santamarina, Jaime Stegmann, Carlos Stegmann y Francisco Bengolea.



Rosa Martin y Herrera y Jacinto Ruiz Guiñazú.



Adolfina Boubée, Enrique Pasman, Enrique Sansot Lanusse y Pablo Benegas.

Blanca Bergano Elgorraga y Eduardo Roca Hunter.



EL PRIVADO
por Cesáreo Bernaldo de Quirós



TATA TINTILAY
por Miguel Petrone

Arte



LA QUEBRADA
por Fernando Fader



EN EL POTRERO
por Fernando Fader



MUJER DE TILCARA
por Jorge Bermúdez



EL CURANDERO
por Arturo Gramajo Gutiérrez

Argentino



EL CAMINITO DE LA IGLESIA
por Cupertino del Campo



INDEPENDENCIA Y PASEO COLON
por Pío Collivadino


BOLETIN DE ULTIMA HORA - - - -
LA NUEVA SILHOUETTE PARA
SOPHIE EN SU

TRAJES DE NOCHE — INTERPRETA...

COLECCION DE MODELOS AVANZADOS PARA SAKS FIFTH AVENUE.

Mrs. Adam Gimbel, cuya fotografía engalanó las páginas de la edición de junio de ATLÁNTIDA, es conocida bajo el nombre de Sophie entre las mujeres más distinguidas del mundo neoyorkino de la costura, y cada temporada diseña una colección sobresaliente para el Salón Moderno de Saks Fifth Avenue. Sophie siempre se ha distinguido por el exquisito gusto de sus creaciones, y para nosotros es muy placentero presentar aquí tres instantáneas tomadas en el pre-estreno de su colección de octubre.

EN LA PÁGINA DE ENFRENTE vemos un vestido de noche de corte esbelto, realizado en crepe aceitunado y adornado con una guirnalda de rosas. Una chalina cubre los hombros del modelo de la colección de Sophie, Saks Fifth Avenue.

A LA DERECHA: Nunca faltó en las colecciones de Saks Fifth Avenue diseñadas por Sophie un abrigo de lana para la noche. En la última muestra hizo su debut un abrigo ejecutado en pelo de camello teñido de rosa encarnado. De corte entallado, pero de falda acampanada, luce dos botones dorados y un bolsillo sobrepuesto, tachonado con lentejuelas.

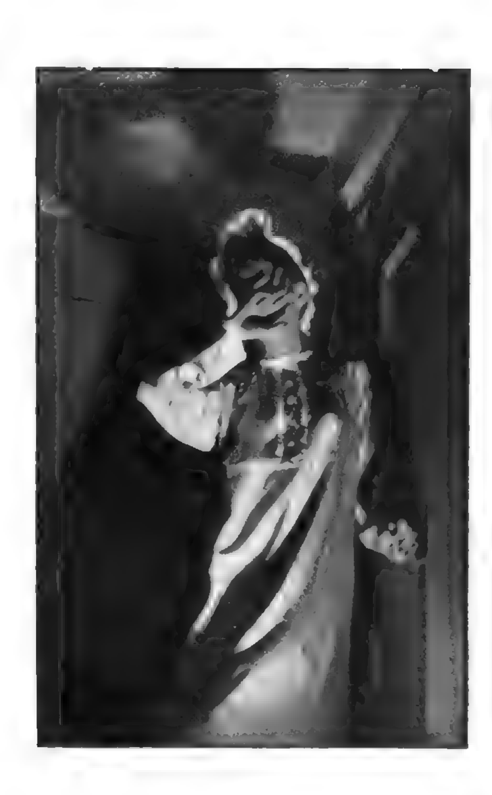
EN EL ÁNGULO DERECHO: Sophie presenta en la misma colección un ceñido vestido de noche en crepe blanco, que confiere al cuerpo un escultural aspecto. El corpiño resplandece con cuentas "lágrimas" de cristal y turquesa. Este color repítese en los largos guantes de satén.

FOTOS DE LARRY GORDON



La tendencia a las líneas alargadas se confirma en este vestido, creación de Miss Gallagher. Es de lanilla color verde limo y los hombros y mangas llevan voladitos plissés. La falda está alforzada verticalmente.

Le Père la Berloque



por
Adriana Piquet

Un buen día alquilaron un departamento en el cuarto piso. Eran "des gens du nord". Los alemanes les habían quemado todo. El jefe de la familia se traía unos francos, muy pocos, salvados milagrosamente, y la promesa de un empleo, hecha por un industrial amigo. Monsieur Monvoisin no debía ser viejo de años, pero era un viejo. Madame Monvoisin ya no tenía edad, de tanto que había llorado. Mademoiselle Monvoisin, de unos dieciséis años, era más bien fea, pero de un "charme" extraordinario. Sus cabellos muy rubios, sus ojos muy tristes. Los "petits Monvoisin" eran dos muchachitos bastante malcriados. Benjamín, el penúltimo, dedicado con ahinco al estudio; "petit Louis", el menor, muy perezoso pero vivaracho, y el que yo prefería, aunque me tiraba siempre de las trenzas.

Esa gente que llegaba de "une petite ville" sentía necesidad de comunicarse, de tener expansiones.

La gente en París no se da así nomás; nosotros vivimos años en esa casa y sólo nos saludábamos con dos vecinos. Pero apenas se hubo mudado la familia Monvoisin, madame y "petit Louis" llamaron a nuestra puerta; no sé qué pequeño favor pidieron, no recuerdo si les faltaban platos o tazas. A la semana ya estábamos al tanto de cómo monsieur y madame Monvoisin se habían conocido, amado, casado, y conocíamos de nombre a sus parientes. En fin, sabíamos de ellos más que de nuestros más viejos amigos. Una vez los encontré a madame et monsieur haciendo confidencias a mamá. Se quejaban de la mala salud de "petit Louis". — Benjamín, al contrario, es muy fuerte — decía monsieur Monvoisin. — Se llama Benjamín porque, claro, creímos que sería el último de la familia. Pero un buen día llegó "petit Louis".

Y su mujer aseguraba:

—Yo realmente no sé cómo.

(Aclaro que en esa época yo era muy criatura, y me sorprendía que una mamá se olvidara así de cuándo había comprado un nene).

Madame Monvoisin bajaba con frecuencia a nuestro departamento, tejía con mamá la ropita de lana para el bebé que estaba por llegar a nuestra casa y que llegó con "la victoire". Yo le oí contar a madame Monvoisin cómo había visto su casa en llamas y cómo a tal amigo íntimo de su marido lo fusilaron en presencia de su esposa e hijos. Suspiraba y exclamaba: "Ces barbares!", "Quelle horreur!" Y quién sabe por qué Lucienne tenía la mirada tan triste y no se daba con ninguna moza de su edad.

Monsieur Monvoisin era maravilloso para anunciar un ataque aéreo. Apenas sonaba el primer toque de alarma, ya se salía él de su casa y escapaba por las escaleras al sótano. Si la alarma lo agarraba ya acostado, se iba poniendo una prenda en cada rellano. Al llegar al tercer piso se le oía decir:

—Lucienne, fifille, aides ton papa à passer son veston.

Y al llegar al segundo:

—Agraffe le col à ton papa, petit Louis.

Es emocionante pensar cómo en tales momentos el pobre monsieur Monvoisin se preocupaba de presentarse bien. Todavía alcanzábamos a oír, cuando llegaban al primer piso:

—Ma femme, ma femme, le noeud de ma cravatte, s'il te plait.

La familia Monvoisin había pasado. Ya no se oiría más que el bombardeo.

Eramos los únicos de la casa que no bajábamos al sótano. En caso que ocurriera "algo" era preferible morir de golpe que no asfixiados, apretados por los escombros.

Una noche de esas... Ya se oyó la alarma, ya había pasado la familia Monvoisin, ya volaban sobre París los aviones de caza, y ya, a través de las persianas, se cruzan los reflectores. Empieza el "tir de barrage". Aumenta el ruido de motores en el cielo, llegó el enemigo. Mi hermana Julia y yo aún no hemos terminado de vestirnos. Tenemos sueño, nos habíamos dormido. No sentimos miedo, estamos acostumbradas.

Esa noche, desde el principio, fué terrible. Se acercaba el final de la guerra.

Mamá entró en nuestro cuarto, y como siempre, nos recomendó:

—Abríguense bien, no se vayan a resfriar. ¡Esos bárbaros! ¡Recen! Vamos, pronto, vístanse. Tal vez haya que bajar al sótano.

—Pero, no, no... — dijo papá desde su cuarto. — Debe ser una falsa alarma.

Papá siempre decía igual. Y siempre con la misma calma, con la misma "convicción" para persuadirnos.

Pero las ametralladoras de los aviadores que peleaban entre sí, las bombas, los derrumbamientos, el cinturón de fuego que protegía a París, el ruido de los motores, todo ese conocido estruendo rompió de golpe.

Con más calma todavía, y más "convicción", papá nos dijo, apoyado en el marco de la puerta de nuestro dormitorio:

—Ce n'est rien, c'est le tir de barrage.

Nos fuimos todos al comedor. La sirvienta, esa noche, de miedo ni pudo bajar al sótano; se quedó con nosotros. Yo la oí rezar bajito en alemán, era alsaciana. Hacía frío. Mi hermana Julia y yo estábamos heladas. Mamá nos abrigó con la carpeta de la mesa. De pronto las explosiones se produjeron espantosamente y cerca. Todo temblaba, el comedor se iluminó. —¡Julio! — dijo nuestra madre. — ¿Qué es esto? ¿Pero qué sucede? — y pensábamos todos: Están encima nuestro.

Papá nos explicaba con una serenidad increíble:

—Debe ser el autocañón que está en la esquina. — Y al ratito le dijo a mamá: — Anda al corredor con las criaturas.

Al indicarnos papá que nos fuéramos allí era sin duda para evitarnos la impresión de los resplandores. El corredor era largo y sólo tenía una ventana. Le hicimos caso, pero mamá dijo:

—Ven tú también. Al menos estemos juntos.

Papá también vino.

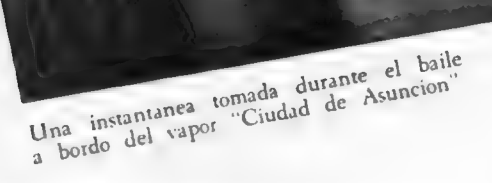
Mamá, Julia, yo y la sirvienta nos pusimos en cuclillas en el suelo, la espalda apo-

(Concluye en la página 58)

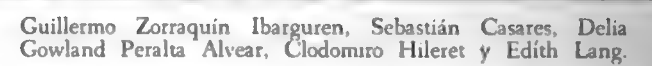


Comida seguida de baile que, en obsequio de Bárbara Moore, ofrecieron a bordo del "Ciudad de Asunción" Pedro Dodero Christophersen y Jorge Dodero Bosch.

FOTOS LOREN…



Una instantanea tomada durante el baile a bordo del vapor "Ciudad de Asuncion"



Guillermo Zorraquín Ibarguren, Sebastián Casares, Delia Gowland Peralta Alvear, Clodomiro Hileret y Edith Lang.



M. Eloisa Berisso Obejero, Maria Luisa Bemberg Bengolea y Alberto N. Dodero.



Dª Josefina Errazuriz Alvear de Gómez y la marquesa de Kerhué, née Elisa Bosch Alvear. Atrás, Alice Rogers



M. Luisa Bemberg Bengolea, Bárbara Moore, Alberto N. Dodero y Manuel Quintana.



Luisa Videla Mendes Gonca'
ves y Sergio García Uriburu.



Susana Bosch Mayol
y Juan Ramón Lezica.



Susana del Carril Peralta
Alvear y Rufino Basavilbaso.



Ana Rosa Martínez Guerrero
y Jaime Gómez Errázuriz.



Sara Josefina Lacroze Re-
yes y Horacio Casares.



Carmen Gómez Errázuriz e Isabel Madero
con E. Gandulfo de la Serna y V. Casares.



Filosofícula del juego

por L. Alas

—¿Qué hay en materias de libros? — me preguntó Jorge. suspirando como distraído, dejando de pensar en mí y en lo que me había preguntado.

Estaba pálido, ojeroso, con cara de sueño y de mal humor. Yo le miré con atención y fijeza, y dando cierta intención maliciosa a mis palabras, contesté:

—Acabo de leer a Carlos Groos, ya sabes, el docto alemán que publicó *Die Spiele der Thiere* (*Los juegos de los animales*). Este otro libro se llama *Die Spiele der Menschen* (*Los juegos del hombre*).

—Sí; ya me acuerdo. *Los juegos de los animales*... No hay más juego que ese. Porque... ¡valientes animales son todos los que juegan!

—Hombre, no *juegues* tú con el vocablo...

—Ya sé que es feo jugar *de boca*... Y, en rigor, está prohibido... Véase el artículo...

—No digo eso. Juegas con el vocablo; porque animales...

—Sí; ya te entiendo. Se trata de los animales... no humanos. Bueno, pues el señor Groos los calumnia. Los animales no juegan. Sólo juega el hombre, que es el único ser metafísico y jugador. Es un efecto de la dichosa evolución. ¡Qué remedio! Yo quería corregirme, dejar el vicio... pero... imposible... Es cosa de la herencia... de la raza.

—Basta de disculpas... No me has entendido, o no has querido entenderme... El juego de que habla Groos no es ese; es el juego como diversión o recreación, según dice el Diccionario, en que no se persigue otro propósito que la distracción misma...

—A propósito del Diccionario. Los que hablan mal de ese libro académico no conocen su gran mérito. Es un libro de moral... A lo menos a mí, casi me convirtió. Verás lo que pasó. Un día, viéndome encenagado en el pícaro juego, sin poder remediarlo, convencido de que eran inútiles los propósitos de enmienda, quise saber a lo menos cómo se definía académicamente el vicio que me dominaba, y me fuí al Diccionario oficial, y leí: "Juego, pasatiempo, recreación, aquello que se hace por espíritu de alegría y sólo para divertirse y entretenerse". No era esto; *mi juego* no era pasatiempo, ni alegría; ¡era infierno!... Seguí leyendo: "Ejercicio recreativo sometido a reglas, y en el cual se gana o se pierde". Lo de ejercicio no me *llenaba,* porque ¡se hace tan poco ejercicio pasando doce horas arrimado al tapete verde! Y lo de "se gana o se pierde" no es exacto, porque muchas veces se queda... a juego, ni se pierde ni se gana. Si el banquero *abate* con nueve y yo también... ni pierdo ni gano. Y si salgo del Casino con el mismo dinero con que entré... ni pierdo ni gano. "Para darle mayor aliciente — continúa el Diccionario — aventúrase en él con frecuencia algún dinero". Los académicos deben de ser bastante tacaños por esa manera de hablar. "Merece reprobación — sigue la Academia — cuando la ganancia o la pérdida puede ser importante; cuando se juega por vicio o *cuando el jugador no tiene por objeto divertirse o entretenerse, sino hacer suyo el dinero ajeno*". Al leer esto, sentí toda la sangre en el rostro; estaba muerto de vergüenza. ¡Que lección inesperada me daba el *léxico* oficial! (1) ¡Cuánto había yo leído contra el juego! Pero nunca aquella bofetada de moralidad me había azotado el rostro. Tolstoi, con su moral de maníaco, combatiendo lo mismo que el juego, el vino, el tabaco... el servicio militar y el trabajo, no me había hecho sonrojarme. Siempre que se atacaba el juego como *vicio,* yo me disculpaba con la decencia que pueden tener los viciosos. El juego me parecía diabólico, pero noble, jugando como caballero, es claro. ¡Cuántos sofismas había inventado yo para disculpar mi vicio! Le había encontrado analogías con mil cosas, malas, pero no bochornosas. Así como el amor ilegal es pecado, pero no sórdido, no bajo, el juego me parecía incompatible con la vida económica ordenada de la sociedad... pero no infame, no vil, no mezquino; sin relación con la codicia, con el robo. ¡Jesús, el robo! Y de repente el Diccionario ¡zas!, me daba aquella bofetada... ¡No me había fijado! Al juego se iba para *hacer suyo el dinero ajeno*... Era verdad; a eso se iba. Lo mismo que los usureros y que los ladrones... para hacer de uno el dinero ajeno... contra la voluntad de su dueño también; porque nadie tiene la voluntad de perder. ¿Que se expone el dinero propio en cambio? También el avaro expone la salud, la vida; el usurero se expone a quedarse sin lo prestado, y el ladrón... a ir a presidio. Sí, no cabe duda; el juego es eso: desear quedarse con el dinero ajeno. ¿Querrás creer que me dió asco el juego? Vi en mí un pecado de la índole ruin de que siempre me había creído libre; un pecado sórdido, de injusticia con el prójimo, de repugnante *psiquis*... (*Pausa.*)

—¿Y qué?

—Pues nada. Que estuve sin jugar... mucho tiempo.

—¿Mucho, eh?

—Sí; ¡varias semanas!

—Pero, ¿cómo volviste a lo sórdido, a lo ruin, a lo que... (perdona, tú lo has dicho) se parecía al robo?...

—Verás. Eché mis cuentas. Según mis cálculos, yo, en conjunto, llevaba perdido mucho más dinero que ganado. Todavía *me tenían por allá* algunos miles. Iba por el desquite. Iba por lo mío. Aquello no era jugar, y no hacía mío el dinero ajeno... sino el mío.

—Vamos, sí; les habías hecho una señal a las monedas y a los billetes, y cuando no eran los tuyos los que ganabas... los devolvías.

—Ya sabes que el dinero se considera como cosa *fungible*...

—¿Pues entonces?... Además, tus *deudores* (¡), es decir, los que te habían ganado a ti, ¿eran los mismos a quienes tú ganabas?

—Ese argumento tiene menos fuerza que el que empleó para anonadarme la pícara realidad...

—¿Y fué?...

—Que aquellos señores, que no eran los que me habían ganado..., me ganaron también. (*Nueva pausa.*)

Me daba lástima del pobre Jorge. No quise molestarle con nuevas observaciones *virtuosas* tan fáciles de encontrar. ¡Es tan fácil lidiar los *vicios* desde la barrera, cuando no se tienen!

(1) *N. de la R.* — Como consecuencia de estas observaciones burlonas, la Academia Española modernizó sus ingenuas definiciones del vocablo *juego*.

(*Concluye en la página 62*)

FIGURAS del GOLF



MARIA ANGELICA
FERNANDEZ GUERRICO



ISABEL MADERO



CELIA TERAN
DE GONZALEZ ALZAGA



MARIA LUISA
GONZALEZ GARAÑO

RAQUEL ALDAO DE
RODRIGUEZ Y MERCEDES GÜIRALDES



ROSA AMELIA
SOJO CAMPOS

MARIA LUISA
HILERET DE LEDESMA Y
ADRIANA CABANNE BENGOLEA

Un amor de Gambetta

por María del Pilar Descós de Siboni



LEON GAMBETTA, SEGUN EL MEDALLON DE RINGEL D'ILLZACH EN BRONCE EX PUESTO EN EL SALON DE PARIS DE 1887

Gambetta, el apóstol de la pequeña burguesía francesa, no fué sólo el tribuno notable, el político habilísimo, el precursor de la Tercera República de Francia, sino también un hombre que supo amar y ser amado. No nos referiremos al amor que tuvo a su esposa — la admirable Léonie Léon, — sentimiento de hombre ya maduro y, por lo tanto, reposado, sino a una pasión exaltada de sus veintisiete años.

Era en aquellos tiempos Gambetta un joven ardiente, enamorado del arte, un poco sentimental y romántico. Aún no había alcanzado ninguno de los grandes éxitos parlamentarios que hicieron su figura universalmente célebre, aún no había defendido con su palabra a la patria, avasallada por la bota prusiana.

Ella era una jovencita fina, gentil, deliciosamente rubia. Se llamaba Enriqueta, pero el enamorado la había rebautizado con el dulce nombre de Ninette. Siempre. en las cartas de Gambetta a ella, encontramos *Ma chere Ninette,* o si no *Ninon-Ninette.* Sólo en la última, en la dolorosa carta de la despedida, la llama por su verdadero nombre.

Es el año de 1865. Gambetta sale de París y llega a Brujas. La tristeza del paisaje, sus largas avenidas silenciosas, la ausencia de mujeres, lo tornan melancólico. El es un meridional que ama la vida con sus mil ruidos; comprende la belleza de las cosas dormidas, pero no puede evitar que lo entristezcan. Entra en un café solitario, y, ¿qué otra cosa puede hacer que escribir a su Ninette? "Voy a escribirte o, por decir mejor, voy a hablarte en voz baja. La pluma es detestable, pero necesito vehementemente escribirte, y te escribiría con la punta del dedo antes que privarme de este lejano placer".

El futuro "hombre de Francia", *l'enfant de Cahors,* no era, en esos momentos, sino un joven profundamente enamorado.

Sigue la carta a Ninette. Le refiere todo cuanto ha visto, la tristeza que le embarga, el pertinaz recuerdo de ella. De pronto, aquellas líneas cambian de giro. Se exaltan. Desbordan de sentimiento artístico. Gambetta describe con lujo de detalles el cuadro célebre de Van Eyck, *La Virgen y San Donato.* Habla de la felicidad de contemplarlo durante tres horas. "Nuestro artista — dice — pone toda su pasión en expresar el amor religioso, el éxtasis, el ruego; sobre todo la Virgen es el objeto de su culto, lo que le permite extender bajo mil formas la pasión que le enciende".

Termina la carta de ese día, para comenzar otra al siguiente. Carillas interminables, relatos de andanzas por callejas sucias y bodegones más sucios aún, y siempre con su recuerdo como único compañero.

Por desgracia para Ninette, el destino había señalado a su enamorado un puesto por encima de ella: la patria. Entra de lleno Gambetta en la vida política de Francia. Varios son sus discursos en la Cámara de Diputados que empiezan a darle notoriedad. Pero llega el desastre que siguió a la guerra de 1870, y es entonces que aparece nuestro tribuno como el verdadero salvador de Francia. No puede tolerar el espectáculo humillante de ver su país invadido por los hombres del otro lado del Rhin. Se niega a ceder una parcela más de territorio. La invasión de los alemanes significa para él una intolerable violación de domicilio. Es entonces cuando exclama: "¡Sólo el soplo de la Revolución Francesa puede todavía salvarnos!". Y su palabra se torna más cálida, más ardiente. Va por pueblos y aldeas, y habla a las muchedumbres. Estas se exaltan. Olvidan que padecen hambre. Francia está oprimida, vencida y humillada, pero Gambetta es algo así como un sostén espiritual, como una esperanza de días mejores.

Sus discursos parlamentarios no se pueden reproducir. El gobierno lo tiene terminantemente prohibido. Muchos diarios son perseguidos por publicar extractos de ellos. Pero no importa: él sabe llegar al pueblo por otros medios. Ha nacido para combatir, y cumple su destino. A un político contrario, M. Rouher, le dice: "Para conducir nuestras armas a la victoria se necesitaban otros hombres que vosotros; vosotros no habéis sido jamás gobernantes, sino gozadores, y habéis terminado como traidores". Palabras éstas que, aplicadas hoy a la misma Francia, cobran extraña actualidad.

Pero, ¿y Ninette? Es natural que su tierno enamorado de aquellos días de Brujas no pueda pensar mucho en ella. Sin embargo, aún la recuerda lo bastante para rimarle unos versos. Estos versos son algo así como el prólogo de una despedida, y podemos imaginar la amargura de la joven cuando lee:

¡Ah! ¿Por qué habré prometido
amarte, Ninon, por la vida?
Semejante juramento es locura, etc.

Llega luego la carta final. Ya *ella* ni siquiera es Ninette. El hombre recuerda recién su verdadero nombre de Enriqueta y le dice así:

"Mi querida Enriqueta: Lo había presentido. Mis preocupaciones, que van acumulándose, no me dejan sino un tiempo limitado para lo que yo llamo el entretenimiento del amor y para lo que tú nombras los deberes del reconocimiento. Tú ves cómo nuestros lenguajes difieren y cómo estamos cerca del instante en que no podremos comprendernos. Esta es mi convicción, mañana hubiera sido la tuya.

Entonces, hasta pronto, pero en amigos, en amigos ceremoniosos.

Reciba, señora, la seguridad de mis pesares. — *Léon.*

El último adiós ha sido pronunciado. A Ninette sólo le quedará el recuerdo grato de las horas vividas, acaso más bellas por distantes, y la amargura infinita de la prosa final. Su Léon ya no le pertenece. Se lo ha robado Francia, la patria que no quiere morir y que ha hallado en él al héroe de su reconstrucción. ¿No es esto, acaso, un consuelo y hasta un orgullo? Aunque, desgraciadamente, los corazones entienden muy poco de una y otra cosa cuando han sido cruelmente heridos.

GAMBETTA EN LA TRIBUNA DE LA ASAMBLEA DE VERSALLES, EN 1871



Un viaje a Catamarca



"El Calvario", Chacarita de los Padres de Catamarca.

En las ventas de tejidos: Susana Pradère de Figueroa, Enriqueta Figueroa de Figueroa, Virginia Justo de Segura y Srta. de Moreno Bunge.



Durante la procesión de la Virgen del Valle, en la ciudad de Catamarca. Entre otras damas asistentes, Josefina Pirovano Lezica Alvear de Mihura.



Enriqueta Figueroa de Figueroa con otros excursionistas admira una manta de alpaca.



Susana Pradère Castex de Figueroa y Josefina Moreno Bunge.



Sras. de Figueroa, Fernández Górgolas, Figueroa, Srtas. de Castillo y Moreno Bunge y Sres. Fernández Górgolas, Castillo y Solís.



Madame Lynch

El Paraguay, con sus poéticas leyendas, sus historias de tesoros ocultos y su deslumbramiento tropical, fué imán poderoso para la mujer más bella de París, en 1854.

Llamábase Ella Alicia Lynch y tenía 19 años de edad.

Su vida de elegante aventurera, con cierto rango en aquella sociedad del Segundo Imperio, tan propicia al encumbramiento femenino, justificaba su ambición: ceñir una corona en América.

A su favor contaban su hermosura y una honrosa cuna. El comodoro William Boyle Crook, tío suyo, combatió junto a sus cuatro hermanos bajo las órdenes de Nelson en el Nilo y Trafalgar.

Alta, esbelta, de tez magnífica, poseía los ojos característicos de su raza, con ese misterioso color entre azul y gris tan atractivo. Irlandesa de nacimiento, casó muy joven con un oficial francés, de nombre Quatrefages, destacado en Africa. Le acompañó a Argelia, familiarizándose con la vida de campaña.

Vistió uniforme de soldado, para cabalgar, junto a su marido, fatigosas jornadas. Sus 17 años no conocían el cansancio. Alegre y animosa convirtióse en un objeto de admiración en aquellas soledades, donde ponía una pincelada de jovialidad y optimismo.

Sucedió lo inevitable: el coronel del regimiento se enamoró de la joven y el marido se eclipsó. Largo sería seguir los pasos de Ella hasta el instante en que un noble ruso, por amor suyo, hirió mortalmente en desafío al viejo coronel.

Quatrefages halló la forma de anular su desdichado matrimonio. Casado por la Iglesia Católica bajo las leyes inglesas, Francia no reconoció la legalidad del vínculo por no haberse publicado las amonestaciones de práctica.

En tal situación, Alicia se fué a París, centro donde podía desplegar sus ambiciones de lujo y rodearse de amigos influyentes.

Por aquellos días, un joven sudamericano ocupaba el comentario general. Moreno, de ojos vivos y aire altivo, paseaba sus vistosos uniformes por las calles de París. Seguido por numeroso séquito y anunciando su paso con una banda de música, derrochaba el dinero a manos llenas.

Tenía 27 años y era hijo de Carlos López, dictador del Paraguay, heredero de su rango.

Francisco López, pese a tan exótico atavío, era un hombre culto, muy versado en historia. Hablaba correctamente francés, alemán, portugués, inglés y — naturalmente — guaraní. Poseía vasta instrucción general y su conversación resultaba interesante. Su admiración por Napoleón llevóle a recabar del padre autorización para ver de cerca al sobrino de aquel gran soldado y obtener una entrevista con Napoleón III. Tal era el objeto que le llevara a París. Para conseguirlo hacía fastuoso despliegue de lujo y aparatosidad, creyendo así acortar distancias con el soberano.

Le rodearon en seguida algunos jóvenes aprovechados, para gozar de sus festines y prodigalidades, prometiéndole gestionar su entrevista con el emperador, gracias a supuestas influencias en la corte.

Crecía el grupo de "protectores", se multiplicaban las fiestas y despilfarros, pero seguían las dilaciones en cuanto al fin principal.

Signos de impaciencia en Francisco López alarmaron a la camarilla. Después de algunos conciliábulos fijaron un día para presentarlo al emperador de los franceses.

Sin ocultar su júbilo, dispúsose al gran acontecimiento. Una docena de criados le vistieron, perfumaron y acicalaron con esmero. Pusiéronle su uniforme de mariscal de campo, con una capa bordada de oro. Las relucientes botas de charol llevaban enormes espuelas de plata. Al llegar a las Tullerías, advirtió López que se trataba de una recepción pública y no de una audiencia privada. Habían burlado su credulidad por cruel engaño. Pasaban oficiales de brillantes uniformes, damas en traje de corte, cortesanos, diplomáticos y políticos. Sintióse en ese medio ridículo y grotesco a la vez.

Entró Napoleón III con su aire cansino y despectivo de siempre. Estrechó, distraídamente, la mano de López entre otras muchas y desapareció.

Los supuestos amigos "influyentes" se esfumaron antes de tiempo y el joven paraguayo quedó solo, abandonado entre esa multitud, rumiando su humillación.

Arrebatado de ira salió de palacio. Al llegar a su residencia dió rienda suelta a la contenida violencia, y rompió en la cabeza de sus criados cuanto encontró a mano.

Rugía de indignación, amenazaba con vengarse de quienes se mofaron de su confianza. Era un ciclón desencadenado y terrible. Aterrorizado el séquito, llamó a Brizuela, personaje que gozaba de algún privilegio junto a Francisco. Persona de la confianza del tirano, solía desempeñar delicadas funciones en su gobierno. Conocía Europa perfectamente y su habilidad como diplomático era indiscutible.

Acercóse al iracundo joven diciendo:

—Si su Excelencia quiere, puedo presentarle a la mujer más hermosa de París.

López pareció calmarse y aceptó el ofrecimiento después de algunos circunloquios.

Brizuela salió para volver al rato con desalentado rostro.

La dama se negaba a ver a nadie fuera de su casa. López debía ir a saludarla en su domicilio.

Tal rasgo de altivez conquistó al futuro tirano del Paraguay. Así conoció a la mujer que llenó su vida y tuvo tanta influencia en los destinos sudamericanos.

Alicia Lynch vió en seguida todo el partido que podía sacar de ese americanito, heredero de un país de leyenda. ¿Por qué no ser Emperatriz ella también? ¡Qué sueño para la bella irlandesa!

Con femenino tacto cambió el aspecto exótico del oficial paraguayo y le convirtió en irreprochable parisiense. Le presentó en algunos salones, donde las damas se lo disputaban. ¡Resultaba tan interesante con sus negros y brillantes ojos! De amena charla, chispeante, algo vanidoso, sabiéndose al dedillo la historia de Francia mejor que ningún francés, fué niño mimado de la sociedad parisina.

Ella Lynch, iniciada en los secretos y sutilezas de la etiqueta francesa, movió los resortes necesarios para conseguirle la audiencia con Napoleón III, quien le recibió en sus aposentos privados. Al amor se unió entonces la admiración por Ella Alicia. Ya no quiso separarse de tal compañera. A su lado recorrió Europa y los campos de Crimea. Dos años después volvió al Paraguay llevándose su conquista.

La extranjera vivía en una de las casas más bonitas de Asunción, amueblada con lujo y elegancia. Muchos objetos eran verdaderas piezas de museo. Tapicerías francesas y alfombras orientales distribuídas con arte hacían las delicias de aquella mansión donde desplegaba su gracia *Madama Lynch,* como la llamaban los paraguayos. Los visitantes extranjeros más distinguidos formaban su tertulia habitual.

Poco después nació un hijo, bautizado en una iglesia de la capital paraguaya según las normas religiosas.

¿No era el momento de formar una dinastía en América? Ella Lynch lo pensaba así. ¿Acaso Eugenia de Montijo poseía más inteligencia o más razón de ser emperatriz? La ambición fermentaba en su pecho cada día más.

En 1862 muere Carlos López y le sucede su hijo Francisco. A pesar de sus promesas al pueblo no hace gobierno constitucional. Siguiendo las huellas y tradiciones paternas se erige en dictador del Paraguay.

Vienen períodos difíciles, agitaciones y guerras: el tirano busca refugio y consejo en Ella Alicia.

Durante la guerra de la Triple Alianza, tan

Ilustración de Geri Núñez

(Concluye en la página 63)

Interior

FOTOS MONTAÑA

Modelo de chemise de nuit para novia realizado en crépe de Chine blanco enteramente plissée "soleil". El cinturón marca el talle y es de la misma tela drapeada. El escote es en punta y las mangas plissés, muy amplias y largas.



Otro modelo en crépe Ninon color rosa tenue con mangas abuchonadas y canesú tableado sobre el busto. Como adorno, que lo enriquece, lleva bordados de seda rosa.

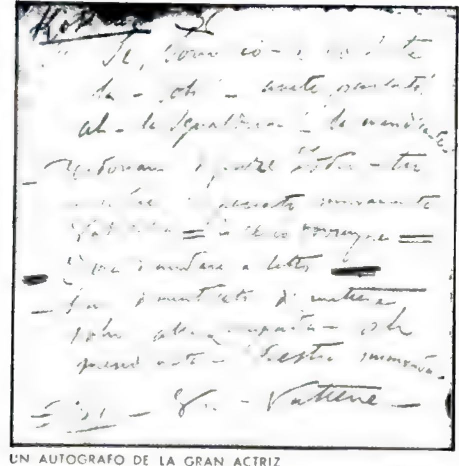
Eleonora Duse



EN SU MEJOR EPOCA



CARICATURA DE O. GULBRANSON



UN AUTOGRAFO DE LA GRAN ACTRIZ



LA DUSE EN BUENOS AIRES

Hace ochenta y dos años, el 3 de octubre de 1859, nacía en Piamonte una niña en el modesto hogar de unos pobres actores: se llamó Eleonora Duse.

Fué, junto a Sarah Bernhardt, la trágica más célebre de nuestra época. Adorada por el público, bella, genial, colmada de triunfos, no conoció, sin embargo, la dicha sencilla a que aspira la mujer. Un hada maléfica le arrebató en la cuna la posibilidad de ser feliz.

Cuatro años tenía cuando los padres la hicieron representar el papel de Cosette, en *Los miserables.* Período sombrío de su existencia, en que se vió privada de todos los placeres de la infancia, de la afección de los suyos, torturada a veces por el hambre en la extrema miseria que la rodeaba. Duro aprendizaje el suyo en un arte iniciado tan tempranamente y que no debía abandonar por espacio de medio siglo.

Su genio instintivo revelóse a los catorce años e hizo de ella una inimitable artista, tan personal, que nadie se atrevió a seguir sus huellas. Debía representar en Verona la Julieta de Shakespeare. Apareció con las manos llenas de rosas. Aspiraba su perfume, las dejaba caer a los pies de Romeo, las deshojaba en el balcón sobre la frente del amado y moría entre las perfumadas flores... Nadie se lo había enseñado. Fué inspiración de su propio corazón. Semejante *trouvaille de roses* quedó famosa en la historia del teatro.

Poco después, la contrata una compañía ilustre donde brillan artistas de primera categoría, a los cuales empieza por igualar y termina por eclipsar.

Estrella de la *troupe* era la Pezzana, a quien reemplazó sin desmedro en el papel de *Teresa Raquin.* Sus triunfos iniciales datan de 1878. Al retirarse la Pezzana, a quien debió el conocimiento profundo del *oficio,* se convirtió la Duse en la primera figura de la escena italiana. No tardó en pasar las fronteras y su fama se extendió universalmente.

Aplaudió a Sarah Bernhardt en *La princesa de Bagdad* y tuvo la intuición de crear el papel de Lionnette en forma completamente opuesta a la empleada por la gran actriz francesa. Dió a su heroína una fisonomía absolutamente nueva, mereciendo el caluroso aplauso de Dumas, hijo, por *sus audacias y esplendores.*

Animada por el éxito, interpretó *La Dama de las Camelias,* la *Mujer de Claudio* y *Denise,* imprimiendo su sello personalísimo a las protagonistas, su acento de verdad profunda y dolorosa.

A pesar de sus bellos triunfos, Eleonora Duse cansóse pronto del teatro Alejandro Dumas, demasiado convencional y burgués para sus gustos. "Me siento humillada — decía — con los vestidos a que me obligan los personajes, y no tengo más deseos que arrojar al fuego tanta pacotilla". Es que, entonces, aspiraba a ser la sacerdotisa de una nueva estética teatral, llena de idealismo y con la belleza por único fin.

Para conseguirlo, abandonó en 1886 la *troupe* de Rossi y se puso al frente de una compañía. Dejó de lado el repertorio de Dumas y de Sardou, así como a los autores dramáticos italianos, para dirigir su vista a los pensadores del Norte: Sudermann, Maeterlinck e Ibsen, cuyo espiritualismo y altura respondía plenamente a su ideal. Hizo entonces la Nora de *Casa de muñecas* como nadie supo hacerlo, la Rebeca West de *Rosmersholm,* la Hedda, de *Hedda Gabler,* la Mme. Alving de *Espectros* y la humanísima Ellida de *La dama del mar,* su preferida.

Su arte sobrio, interior, reflejo de altas meditaciones y de intensa vida psicológica, convenía admirablemente a esas interpretaciones. Su celebridad se hizo mundial y como su colega, Sarah Bernhardt, Eleonora Duse recorrió Europa y ambas Américas, despertando fanática admiración. Su gira por América del Norte y por Inglaterra, donde representó ante la reina Victoria en 1894, fueron particularmente triunfales.

Fué más allá en esta ruta. Como admiradora de Renán, hizo traducir al italiano su drama filosófico *L'Abbesse de Jouarre* y lo representó en Roma con todo éxito. Solamente Eleonora Duse podía realizar el milagro de hacer triunfar en el teatro obras juzgadas no escénicas por los entendidos en la materia.

Ernesto Renán le escribió al conocer ese éxito:

"No me sorprende el triunfo que habéis obtenido en la *L'Abbesse de Jouarre,* después de lo que me había dicho de vuestro maravilloso genio de intérprete Alejandro Dumas. ¡Cuantas veces me había dicho, al escribirla, que esas páginas revivirían si encontrasen una intérprete genial para prestarles la colaboración de su arte! Y ¡cuánto agradecimiento os debo por haber dado existencia real a mi obra! Mi felicidad sería completa si me fuera dado veros y escucharos. Tengo esperanza de que tal cosa me será concedida alguna vez..."

Faltaba a Eleonora Duse la consagración de un triunfo en París, ciudad de la que siempre huyó por su desconocimiento del francés. En 1897 se presentó allí, alcanzando en *La dama de las camelias* y en *Cavallería rusticana* uno de los más estruendosos triunfos de su carrera.

(Concluye en la página 70)

En el Club Vasco Argentino se disputó una serie de partidos de pelota, a total beneficio de las Obras Parroquiales de Santa Elena, cuya comisión preside Da. María Lía Chapar de González Guerrico.

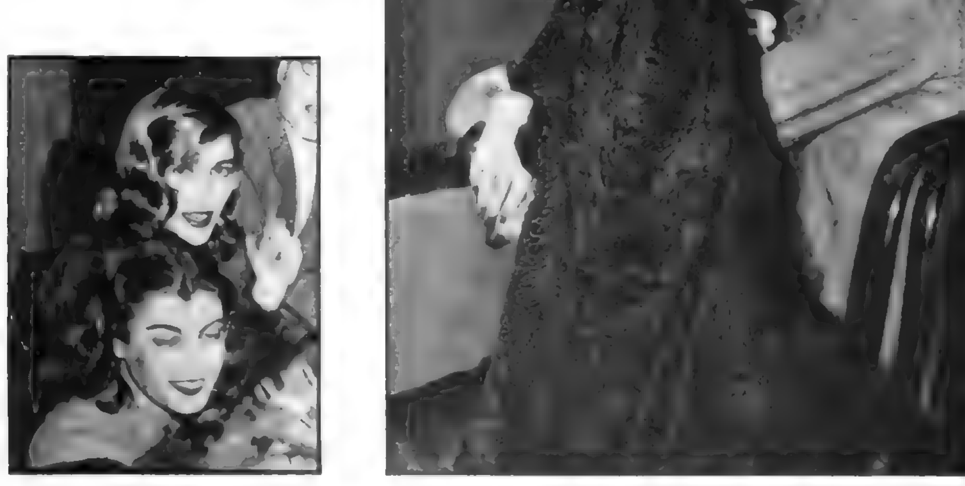
Durante los partidos, Elina Arocena de Basavilbaso, Eloísa Urquiza Anchorena de Lagos Mármol, M. Carlota Gowland de Urquiza Anchorena, Caseros Urquiza Anchorena y Florencio Iriondo.

Una incidencia del juego provoca el comentario de Susana Moreno Hueyo, que está de pie. Atrás, Marta Peralta Ramos de Moreno Hueyo.

Lucila Cossio y Manuel V. Láinez.

Lola Lagos Mármol de Lussich y el Dr. Vicente del Río.

Angélica Acosta de Vela, Dolores Acosta Ocampo, Susana Vela de Láinez y Rodolfo Taylor.



Margarita y Teresa Zorraquín Ibarguren.

Alfredo Agote y su esposa, Da Alicia Dorado Zorraquín.




Verónica Lake
June Gale
Rosalind Russell
Barbara Stanwyck

LAS MODAS DE



LAS ESTRELLAS

Bárbara Stanwyck, de la Paramount, en una de sus recientes películas, lució un "negligée" de novia confeccionado en seda y gasa blanca con amplias mangas.
Rosalind Russell viste un traje diseñado por Adrian, de gasa color rosado pálido, con bordados de cuentas.
June Gale con un traje de brillante brocado de oro que lleva un bolerito de la misma tela con borde de castor.
Verónica Lake, actriz de la Paramount, luce un vestido de gasa estampada con cinturón de terciopelo negro.
Ann Sothern, del elenco de la Metro Goldwyn Mayer, lleva un vestido color fucsia adornado con bordados.
Linda Darnell, que figura en la 20th. Century Fox, viste un traje de noche en tul con dos grandes volados.
Marlene Dietrich, que filma para la Universal, luce un vestido cuyo corsage es de chiffon negro doble mientras la falda, de mucho vuelo, es de organza blanca con tres grandes volados de encaje negro.

Mrs. Franklin D. Roosevelt observa a la modelo que le exhibe los vestidos diseñados a su pedido por Milgrim, de Nueva York. Este vestido para la tarde — el mismo que ya lleva puesto la esposa del presidente — es de chiffon negro con adorno de encaje negro, material que también forma el gran moño del corsage, realzado con botones de strass.

FOTO MUNKACSI



LE PÈRE LA BERLOQUE

(*Conclusión de la página* 43)

yada contra la pared. Mi padre pasaba y volvía a pasar frente a nosotras. Teníamos en el suelo una "lampe á pigeon" que daba una luz chiquitita. Mi padre cada vez que llegaba a un extremo del corredor, desaparecía en la sombra y yo me quedaba temblando hasta que él reaparecía. A veces tardaba, porque se iba a observar el ataque aéreo desde alguna ventana y venía a informarnos:

—No es nada, no es nada. Ahora nomás termina.

De repente cayó una bomba tan cerca que nos sacudió como un espantoso trueno. Luego ese ruido sordo, entrecortado, del derrumbe.

Papá nos miró, se pasó la mano por la frente y fué a perderse durante un rato en la sombra del corredor. Cuando volvió nos abrazamos a él.

Esa noche, como nunca, deseaba yo volver a oír a monsieur Monvoisin. Porque monsieur Monvoisin, no solamente era siempre el primero en oír la alarma, sino que también oía siempre antes que nadie "la berloque" (1) y escapaba del sótano, seguido por toda su familia gritando:

—¡*La berloque!*, ¡*la berloque!*

Yo le había puesto "le pere la berloque". *Le pere la berloque* de un tirón se venía a nuestro departamento, y aunque la estábamos oyendo en las calles, nos repetía:

—¡*La berloque!*, ¡*la berloque!*

Y en esos momentos yo notaba cómo abrazaba en una misma mirada tierna a sus hijos, a mi hermana y a mí. Madame Monvoisin nos besaba como después de una larga ausencia. Lucienne pasaba callada, Benjamín silbando y "petit Louis" venía a tirarme de las trenzas y me acusaba:

—¡*Tu as eu la frousse!* ¡*Tu es une froussarde!*

Eso me enfurecía y le retrucaba:

—¡*Menteur, toi tu es un froussard!* — Y le enrostraba que se hubiese escapado al sótano.

Pero cuando iban a empezar los trompis peligrosos para mí, alguien decía: "Basta, criaturas, vamos, dense las buenas noches".

A veces sólo restaban unas tres horas para dormir; las clases empezaban a las ocho.

Cuando tuvimos que volver a Buenos Aires, la familia Monvoisin se consternó. Madame Monvoisin no comprendía cómo gente sensata se marchaba para el Africa, el Brasil o la India. (Siempre era en algunos de esos lugares que ella ubicaba a Buenos Aires).

Faltaban dos días para el arranque y monsieur Monvoisin se vino a nuestra casa. Noté que estaba mejor puesto. No traía su saco de lustrina, como de costumbre. Su visita tuvo algo de oficial. Lo recibió mi madre y él habló con palabras que no usaba nunca. Algo por el estilo:

—Señora, vengo a rogarle que tenga usted la gentileza de darnos el gusto de venir con su distinguida familia para los postres. Será un verdadero placer si... etc.

Mi madre, con su eterna sencillez, le agradeció y le prometió que iríamos.

Nos separaba sólo un piso. En el momento de subir, mamá nos dijo: — Pónganse los guantes, hijas. Le darán un gusto a madame Monvoisin.

Nos esperaban con una mesa muy pobrecita. Pero había flores. Estrenaban en nuestro honor un mantel bordado por Lucienne, que fué muy felicitada; se habló muchísimo del mantel.

Nos convidaron con *mousse au chocolat* que había preparado *monsieur Monvoisin lui méme* y con unos bizcochitos hechos por *madame Monvoisin elle-méme.*

Los varoncitos estrenaban cuellos duros. Esa buena gente, que lo había perdido todo, estaba llena de inquietudes por la suerte que correríamos en el Africa o la India o el Brasil.

Lucienne le regaló a nuestra hermanita menor, que tenía tantos días como la victoria, una gorrita y un saquito, tejidos con muestras de lana conservadas quién sabe cómo. Eran de la fábrica que había tenido en el Norte monsieur Monvoisin, y que los enemigos le quemaron.

Terminada la *mousse au chocolat,* monsieur Monvoisin sirvió dos copitas de licor casero; había poco, sólo él y mi padre brindaron.

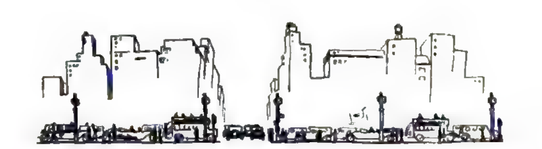
Monsieur Monvoisin, con su copita temblándole en la mano, se puso de pie y nos dirigió las palabras que había preparado. Pero de pronto habló como de costumbre. Recordó los horrores recientes, algunos sufridos juntos, habló de la victoria, hizo votos por una paz duradera: *pour que nos enfants...* y se le cortó la voz.

Mamá bajó la cabeza.

Mi padre agradeció a monsieur Monvoisin sus votos e hizo votos él también. Algo muy lindo y muy cariñoso dijo mi padre.

Todos estábamos emocionados y nadie se dió el trabajo de disimularlo.

Era una familia de *braves gens.* Los muchachitos buenísimos estarán ahora... ¡quién sabe dónde estarán!... ¿Lucienne? ¡Qué triste será ahora su mirada! Más que entonces, seguramente. ¿Y monsieur Monvoisin? ¿Alguna criatura volverá a llamarlo *le pére la Berloque*?



(1) Así se llamaba una diana que se oía por las calles anunciando que el ataque había terminado.

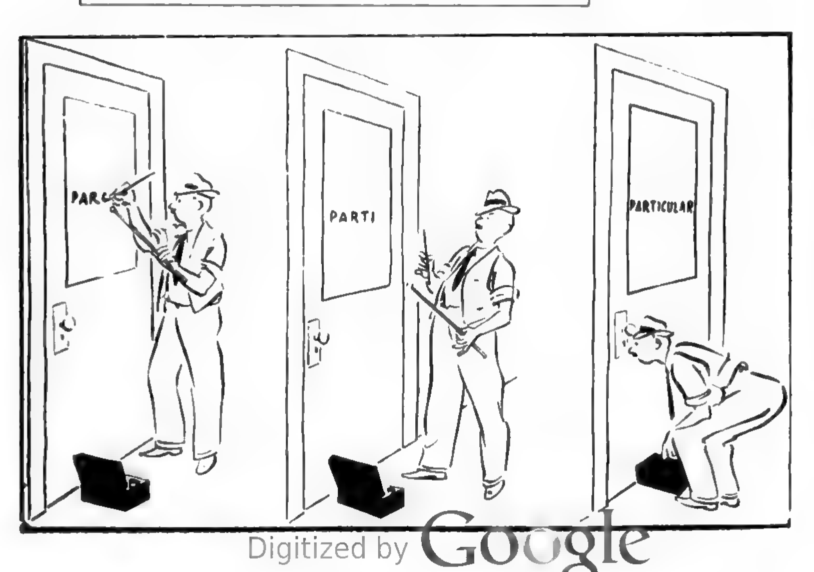
Humorismo

—No estoy segura, pero creo que las dictaduras te obligan a tener hijos y en cambio las democracias lo dejan a tu elección.

—¿Pero cuánto gano si él continúa viviendo?



El marchand, a la nueva rica: ¿qué tamaño tiene el espacio que quiere tapar?



LOS LIBROS DEL DIA

LA CRUZ DE LA VIDA, de **Héctor Olivera Lavié**, es una novela cuya acción, en su mayor parte, se desarrolla en nuestro país. Empieza el libro con dos prólogos; uno de ellos, perfectamente unido al resto del relato, sirve para justificación del personaje principal. El otro prólogo promete más de lo que después da; en él vemos pintados con destreza y vigor a tres ocupantes de una carreta y a una noche de tormenta. Desgraciadamente, el autor, desechando ese raro don de la descripción, se interna en otros temas y abandona para siempre esta clase de episodios, en los cuales, sin embargo, lo hemos visto moverse con extraordinaria soltura. Es el libro la historia de una mujer mediocre, casi tonta, que decide vivir su vida. Deja el hogar por el amante que la sostiene. Luego también se aparta de él, asegurando que ese amor fué un error debido a su inexperiencia, y parte con otro a Europa. Para el lector, el viaje pasa con rapidez, de una manera algo nebulosa. Este último galán muere repentinamente, y María Magdalena, sin medios de vida, pasea su miseria por el continente, trabaja de bailarina y encuentra al fin a un hombre que es precisamente aquel adolescente lejano, ocupante de la carreta. El la quiere, la comprende, la respeta, y luego se casa con ella. La novela termina con consejos de moral que la hacen, así, edificante. Vuelve al redil la oveja descarriada y la oímos asegurar que fuera del hogar todo es mentira en el mundo. Probablemente por eso nuestra heroína se llama María Magdalena. En las últimas páginas la vemos con su madre, su hermana, su marido y su niño continuar plácidamente la vida. Hay en este libro varias reflexiones dignas de interés, algunos ambientes muy bien logrados y caracteres firmemente trazados en su completa mediocridad. El estilo llano y el idioma corriente a la vez que correcto, unidos a ciertas modalidades muy nuestras, nos hacen comprender desde las primeras páginas que estamos leyendo un libro argentino. (*Club del Libro A. L. A.*).

Al tomar **EN BUSCA DEL ALBA**, de **Rubén Darío (h.)**, el crítico no logra olvidar el recuerdo siempre latente entre nosotros del padre del autor. Esto nos vuelve más severos y a la par nos llena de admiración por el poeta que, aceptando el imperioso mandato de la vocación, en su caso también mandato atávico, desdeña las posibles comparaciones, éstas indudablemente difíciles de sostener. Sin embargo, Rubén Darío ve en el verso su propio lenguaje, lenguaje tiránico, ante el cual todo se rinde, cuanto más aquellos que lo han leído en sus más bellas expresiones saliendo de la pluma paterna. Quizá por eso Darío dice en uno de sus elegantes poemas: "Dedicatoria".



Dicen añejas leyendas locales
Que en tierras donde habitan los zorzales
No hay hombre que no cante madrigales.

Este libro de poesías se divide en seis partes. En la primera *Mundo Doloroso* toca temas bíblicos y religiosos, dando muestras de un inquieto misticismo. En la segunda *De mi viejo clavicímbalo*, encontramos versos afectivos y algunos desplantes de amor. *Las coplas de mi Eloísa* es un solo poema apasionado. *Esquicios en carboncillo* encierra dos retratos llenos de admiración; el uno es el de Narciso Mallea, el otro el de Gabriela Mistral; es aquí también donde hallamos *Dedicatoria*, galante homenaje a una mujer. *Vahos de mi tierra* nos ofrece poemas de tono más épico y caballeresco. La última parte *Filosofículas* se compone de pequeñas poesías de una sola estrofa, en las cuales el autor nos da definiciones cortas y acertadas sobre la poesía, la fama y el amor. Al cerrar este libro podemos afirmar que Rubén Darío no sufre influencias paternas. Su expresión es personal, también lo son su metro y su rima. Sus temas son los que él siente, pues no hay en estos versos el esfuerzo de quien quiere ser poeta a toda costa, sino la expresión sincera, llana, dominante, de quien se ha puesto a cantar porque ya antes de reunir las palabras en versos éstos cantaban en sus adentros. (*Editorial Quillet*).

LA CASA DE Da. NYDIA OCAMPO DE ATUCHA

(*Conclusión de la página 31*)

que todavía parece subsistir tras el color de sus muros el aroma de sus jazmines, algo invisible, pero cierto de tiempos que pasaron. Y, tras las rejas, cosas de que la emoción puede ir dando cuenta en sucesivas sorpresas.

Lo primero a destacar sería el respeto con que se conservan en la casa de doña Nydia Ocampo de Atucha, aun a despecho de las exigencias impuestas por el confort moderno, los pisos de baldosa y otros detalles de antigua usanza. En realidad no se puede desafiar mejor la moda presente de las decoraciones domésticas y sus halagos que manteniendo, en 1941, esta renuncia. Y bastaría ella para dar significado a una de las más curiosas y ricas mansiones porteñas, si no fuera preciso destacar, asimismo, aunque sólo sea para recordar a sus habitantes más ilustres, lo que ellos han dejado como constancia de su presencia y de su vida en este secular palacio.

A este respecto recordamos que perteneció al obispo Medrano, una de las personalidades del pasado histórico argentino que más recuerdos ha dejado en la casa. De su pertenencia fué un espejo de plata que adorna el salón, extraordinario por su tamaño y por la riqueza de su marco de plata que ostenta distintas inscripciones. Una de ellas se refiere a su estreno, y dice: "A devoción de don Pablo Blasgues y doña Petrona Reyes; se ha estrenado el día 8 de diciembre de 1802"; mientras otra señala las características de la hermosa pieza, y dice: "tiene de peso el marco y la luna 58 marcos", medida equivalente a 230 gramos, que se usaba para el oro y la plata.

En la misma habitación, un escritorio de la época guarda cartas autógrafas de Rosas y otros personajes vinculados a la vida política, religiosa e intelectual de la hora. Cinco cuadros de Pueyrredón, entre ellos el retrato del primero de los Atucha que habitó la mansión — don José — y su esposa, constituyen tesoros traídos hasta nuestros días, en espléndido estado de conservación.

Por otro lado joyas, imágenes, valijas, símbolos, como una banderola de Rosas en cuya roja seda se lee la bordada advertencia de "honor y gloria a nuestro ilustre restaurador de las leyes, 1840". Todo dice de años, de tiempos idos.

Aun es posible que dentro de cien años la crónica pueda volver a traer a conocimiento de los porteños los valores de la que fué casa de Medrano. Las cosas que en ella viven parecen tener aliento de eternidad.

por SYLVINA BULLRICH PALENQUE

LAS EPOCAS DE LA HISTORIA ALEMANA, de JOHANNES HALLER, ha sido traducido al español para mayor difusión de esta obra ceñida, a la vez que extensa, pues en realidad es la recopilación de conferencias pronunciadas por el gran escritor. El prólogo con el cual presenta el libro Ortega y Gasset. es la crítica mejor que pueda hacérsele. Dice el conocido filósofo español que la verdadera razón de esta historia es el hacer "historia analítica". Haller se propone aquí mostrarnos la historia de Alemania, no en sus detalles, sino en sus épocas considerando que son los acontecimientos fundamentales los que componen la historia y que sólo basándose en ellos se puede comprender a un país. Empieza por lo tanto con lo que él mismo denomina "El nacimiento del pueblo alemán". Para llegar a esto habla de la raza alemana, separándola de la germana, con la cual hasta ahora se le ha confundido por error. Luego afirma que el particularismo ha sido la característica de ese pueblo y por ende de sus gobiernos. Sin embargo, sería tarea demasiado extensa la de estudiar detenidamente este libro que, además de su valor histórico, encierra una seria filosofía de la historia. Haller parte de Enrique I, fundador del primer Reich, y llega por un proceso tan natural como lo fué en realidad al actual Fuehrer. A través de estas páginas vemos su admiración por Federico Barbarroja, por Federico El Grande, y vemos surgir nítidas, con una nitidez pocas veces igualada, algunas figuras cumbres, tal como la de Lutero, a quien según Haller la cultura y la lengua de su país mucho tienen que agradecer. Pero lo que más nos atrae en esta obra es la sencillez y el amor con que está escrita, la felicidad con que el lector penetra en los repliegues del alma y del carácter alemán, como llega a entender las reacciones del mismo, así como las vicisitudes de su historia. Por último, el autor habla con entusiasmo de Adolfo Hitler, quien, según él, salvó al país del comunismo en donde estaba a punto de caer, y quien además "representaba simbólicamente la nacionalidad y la unidad nacional". Sólo un gran conocedor de la historia alemana podría valorar en todos sus detalles este libro o encontrar los defectos que haya en él. Nosotros nos contentamos con afirmar que aun separándola de otras obras de este género, la de Johannes Haller enseña a conocer de un modo ameno, pero no superficial, la historia de Alemania, tan poco conocida entre nosotros. (*Editorial Espasa Calpe Argentina*).

YO VI EL DERRUMBE DE FRANCIA. ¿RESURGIRA DE NUEVO?, de RENÉ DE CHAMBRUN, es uno de los libros más amenos escritos sobre el menos ameno de los temas. En verdad, ya se ha dicho tanto sobre este drama, tanto se ha escarbado, se ha violado esta derrota, tantos reproches y tantas quejas hemos oído, que poco nos interesaría leer esta obra si no fuera por la limpieza de su estilo, el amor profundo y sereno por Francia, algunas anécdotas importantes y el relato bien logrado de la vida del soldado. René de Chambrun, yerno de Laval, empieza este libro como si contara una historia sencilla. Habla de su vida, de su estudio de abogado, de su esposa, y de su cumpleaños, en el cual en lugar de hacer el paseo proyectado debe correr a alistarse. Nos cuenta los defectos de la instrucción militar que él mismo recibiera en Saint-Cyr: ellos aprendían a defenderse mientras los alemanes aprendían a atacar. Luego vemos a los sufridos paisanos franceses y más adelante leemos la interesante descripción de la vida en la Línea Maginot, existencia ésta menos agradable de lo que el buen humor internacional pareció creerlo. Faltaba aire y luz, las horas eran largas, desocupadas, y probablemente nada es tan terrible como la inacción. De Chambrun nos narra una interesante anécdota: Destinado al Cuartel General del general Gort, lo buscaba sin que nadie supiera informarlo adonde se encontraba éste; cuando después de mucho llegó a su destino oyó una audición alemana anunciando "que si había alguien interesado en saber o ponerse en contacto con Lord Gort, su cuartel general se hallaba en aquellos momentos en una pequeña villa francesa llamada Havacq, en el Somme". Indudablemente, del otro lado estaban mejor informados. Además de Chambrun tiene el acierto de no culpar a un partido político en particular ni tampoco a un hombre. Culpa al ambiente, al pueblo, a una hora fatídica de la historia, y nunca lo hace con amargura. No divaga, cuenta. Muchos pasajes de este libro son dignos de ser citados.



Por lo que de él se desprende, la posición de Chambrun es esta: cree en Pétain, lo ama y lo admira. Cree en Francia, la ama, sabe, y lo dice, que "resurgirá de nuevo". (*Editorial Albatros*).

En **CANTACLARO**, RÓMULO GALLEGOS afianza otra vez más su fama de gran escritor y de conocedor de la sabana venezolana. Son muchos los personajes que pueblan estas páginas, son muchas las leyendas, las supersticiones, los fantasmas, que van surgiendo ante nuestros ojos con esa nitidez más real que la real, la nitidez de lo que se ha sabido describir con maestría. Es Cantaclaro el apodo de un trovero de los llanos, cuyas coplas han ido corriendo de boca en boca, y por las cuales, como en el medioevo, conocemos historias, amores y paisajes. Entre los caracteres mejor logrados de este libro encontramos el de Juan Crisóstomo Payara, cuyo nombre está mezclado a los más extraños hechos. Nos cuentan su casamiento. El día anterior a la boda conoce la infidelidad de su novia. Se casa igualmente por piedad al anciano abuelo, por respeto a la sociedad también. Su esposa, que nunca lo fué, se suicida luego de haber dado a luz una niña, que es más tarde el último amor de Payara. Amor desesperado, amor que no puede confesar, pues ella lo cree su padre, aunque también lo ama desoladamente presintiendo un secreto. Cuando se alza el velo que oculta el misterio de su nacimiento huye Rosángela a la grupa del caballo de Cantaclaro, quien, olvidado su afán de conquistas busca para ella el amparo de su propia madre. También Cantaclaro se va, cediendo el lugar a su hermano, y se pierde en la sabana. Hay en estas páginas, largas tardes calcinadas, relatos de revoluciones, coplas, payadas de contrapunto, un hombre que aparece todas las noches allí donde Payara ahorcara a su rival, un hombre que se parece extraordinariamente al mismo Juan Crisóstomo. Y la sabana inmensa, inconmovible, sirviendo de escenario. La sabana vista al desnudo por Rómulo Gallegos, quien la conoce tanto que parece haberla enlazado para entregárnosla aún tibia y palpitante, con sus leyendas del otro mundo, sus hombres rudos y sus mujeres fuertes. (*Editorial Espasa Calpe Argentina*).

ALBERDI, de PABLO ROJAS PAZ, es una biografía de la cual surge nítida y precisa la figura del autor de *Las Bases*. Este libro no es esencialmente una obra histórica, pues el biógrafo tiene el defecto, elegante y coqueto, de ser un gran estilista. A menudo el escritor hace a un lado al historiador para deleitarnos con finas paradojas y con frases redondas. En verdad la frase, como joya, como elemento primordial y aislado, es uno de los grandes valores de este libro. Hay frases de Rojas Paz que valen toda una obra y, asimismo, de la obra de Alberdi y sus contemporáneos Rojas Paz extrae frases que en general los biógrafos han dejado pasar. Corren por estas líneas sesenta años de historia argentina, casi toda nuestra historia. Alberdi aparece adolescente, y junto a él se van perfilando las figuras más legendarias y a la vez más familiares. El autor dice que la vida de su héroe no es novelesca y sin embargo hay en todo el libro un sabor a novela. También quiere darnos una sensación que él ha captado al estudiar a Alberdi, la que le sirve para el subtítulo: *El ciudadano de la soledad*. Nos coloca frente a su soledad física y moral por medio de anécdotas y de psicología. Vemos a los jóvenes talentosos de la época, a los Varela, a Gutiérrez, vemos los primeros periódicos, las asociaciones literarias, Juan Manuel de Rosas, el mismo San Martín, y cruzamos rápidamente entre el fragor de Caseros, de Pavón y de Cepeda. Nos detenemos en la polémica de Sarmiento y Alberdi, tal vez único hecho que Rojas Paz trata con absoluta imparcialidad. Luego con Angelina Dauje llegamos al lecho de muerte de Alberdi. Algunas épocas de su vida han sido salteadas quizá por carecer de interés o para concentrar la atención en los hechos más importantes. Lo cierto es que al andar del libro olvidamos a veces a Alberdi para saborear, como lo haríamos con una estrofa, las frases pulidas y profundas de Rojas Paz. (*Editorial Losada*).

FILOSOFICULA DEL JUEGO

(*Conclusión de la página 46*)

—¡El juego! — continuó el jugador. — Los filósofos no saben lo que es. Montaigne, que ha hablado de tantas cosas, de tantos vicios, no tiene ningún capítulo dedicado al juego. Montaigne hablaba de lo que sabía, de lo que había experimentado. Renán se queja de que los filósofos no han tomado al amor en serio del todo, y su verdadera filosofía está sin hacer. Y es verdad. Y la causa será que los filósofos no suelen enamorarse de veras. Lo mismo les pasa con el juego. ¡La estética del juego! existe; pero no es esa de que hablan esos libros nuevos... Como que el juego... no es juego... no tiene nada de juego, en ese otro sentido de *finalidad sin fin* de que ya Kant hablaba. ¡Qué cosa tan diferente del otro *juego*, de *mi juego!* El jugador no busca el placer... y en eso se engañan muchos que ven las cosas desde fuera... Busca la ganancia; sólo que la busca en la forma picante, misteriosa, inexplicable... de la suerte. ¡La suerte! Estoy por decir que el jugador es un metafísico apasionado que interroga de cerca y con interés el misterio metafísico en cada jugada... ¿Hay ley? ¿No hay ley? ¿Es casualidad? ¿Qué es casualidad? ¿La Providencia se mezcla en estas cosas? ¿El cálculo de las probabilidades hasta dónde sirve?... Y después... ¡una cosa terrible! Lo que a mí, al fin, me ata al juego hasta por la filosofía... quiero decir, por el sofisma, es... que la *vida es juego*. Sólo el que aspira al *nirvana*, a la *abulia*, a la *apatía*, puede decir que no es jugador. Los demás, todos juegan. La vida y la muerte son un modo de copar la *banca*. Cada latido del corazón es un golpe de fortuna, una carta que se juega, cada vez que respiro puedo perder o ganar la vida... La riqueza o la miseria... juego...; el mérito... juego. ¿De dónde me viene el talento o la estupidez? ¿De dónde vienen las *judías* y las *cristianas*, los *nueves* o las *figuras*?... Del misterio del horrible *cincuenta por ciento*... del abismo que se llama pares o nones, cara o cruz... "Esto... o lo otro". En esa *o*, en esa disyuntiva está el símbolo del juego... y de la existencia... Voy ahora a casa...; mis hijos, mis entrañas, ¿estarán durmiendo... o muertos?... ¡Quién sabe!... Están durmiendo; ¡bien!, ¡qué hermosos!, ¡qué inocentes! Pero, ¿mañana? El porvenir, la *carta* que les tocará... la vida que les espera... ¿Qué puedo yo para conseguir su dicha futura? Todos mis cálculos, mis previsiones, mis cuidados, mis ahorros, ¡inútil *martingala!* Mis esperanzas... ilusión como las supersticiones del jugador... En el fondo de la magna cuestión del libre albedrío, de la libertad y la gracia, de la libertad y el determinismo, de la filosofía de la contingencia, que hoy da nombre a una escuela, lo que se ve es el *quid* del juego... No; el juego, el *mío*, no es diversión, no es broma, no es desinterés, no es finalidad sin fin... Es todo lo contrario; el interés, la ganancia, el egoísmo en la lucha con la suerte... lo mismo que la vida *non sancta*, que es la vida de casi todos. Los grandes hombres, los *héroes*, decía Carlyle, toman la realidad, el mundo en serio. No son *dilettanti*. Lo mismo el jugador. El azar para mí o contra mí... Esta es su idea, siempre seria, siempre con *fin*, siempre interesada...

—Sin embargo, en el juego, no el *tuyo*, el otro, el juego por el placer de la actividad, se llega, según *nuestro autor*, a lo que él llama *el placer del mal*, a jugar con el propio dolor. Además, hay la *catarsis* de Aristóteles, el placer de la calma tras la borrasca.

—No, no importa. Ni por ahí existe afinidad entre los *juegos* y el juego. El jugador no busca el dolor del juego, que es grande, por el dolor, por el placer de saber que es un dolor buscado, querido; no, porque él sabe bien que la pasión le domina y que aquel dolor no es voluntario; y además, tolera el dolor por la esperanza de ganar, no por el gesto de poder triunfar de él. En cuanto a la catarsis, no tiene explicación... Porque la calma para el jugador nunca llega. Todo es borrasca. Después de ganar... quiere, *necesita* ganar más. Es un judío errante, no para nunca su ambición.

—Groos habla también de juegos *guerreros*, los del placer de luchar, de vencer a un contrario...

—Tampoco en eso hay afinidad entre los *juegos* y el juego. En *La Traviata*, el tenor juega por ganar a un rival... Eso es música. El jugador *de veras* no quiere el dinero de Fulano, quiere el dinero; en el juego hay disputas, pero no hay rivalidades, ni personalismos, ni rencores; no hay más enemigo que la *contraria*. Suerte, ganancia, pérdida. Esas son las *categorías*.

—Pues Groos dice textualmente que las *apuestas* son juegos *guerreros*, y los juegos de azar apuestas intelectuales. El juego de azar tiene para él tres elementos: el placer de ganar, que crece con la importancia de lo que se arriesga, *sin que la ganancia por sí sea el objeto del juego;* el placer de una excitación fuerte, y el placer de la lucha...

—Sí, pistolas de salón, de viento. Ese juego lo hay..., la lotería de las viejas... ¡y aún! No; en el juego *verdad* no se sienten esas emociones pueriles; se quiere dinero, ganancia, y se quiere por el *único* camino del jugador, la suerte. Que salga cara, si jugamos cara; que sean pares, si jugamos pares... y no para acertar, sino por ganar. Suerte, interés, eso es todo. ¡La excitación fuerte! Esa no es incentivo, aunque el jugador crea que sí. Es un castigo, es una maldición del juego, como el *remordimiento*, la *vergüenza* de perder, después. Desengáñate; el juego... no es broma. Es como la vida, es como la metafísica... La vida racional quiere penetrar en el misterio para saber su destino, porque teme y quiere esperar, ser feliz... El jugador, igual. *Ser o no ser*, esa es la cuestión... *Venir o no venir*... esa es la cuestión. *Estar a la que salta;* eso hace el jugador. Y eso hace el que no renuncia a las contingencias de la realidad. O *ser santo... o jugar...*



LA INTELIGENCIA DE LAS MUJERES

(*Conclusión de la página* 24)

jurista o la de comerciante de jabones. Pero estos vanos talentos, completamente superficiales, cuya adquisición requiere más o menos el mismo esfuerzo mental que debe hacer un chimpancé para aprender a atrapar un centavo o encender un fósforo, no tienen nada que ver con la inteligencia. Todo este equipo de habilidades de un hombre de negocios medio es excesivamente infantil. No se necesita mayor sagacidad para dirigir una intriga diplomática o para dosificar laboriosamente malos medicamentos, o para elaborar un derecho más malo todavía, que para conducir un taxi o hacer una fritura. No existe un observador, por poco que conozca la generalidad de los hombres de negocios, que no se quede asombrado de su letargia intelectual, de su ingenuidad incurable y de su extraordinaria falta de sentido común.

¿No es acaso evidente que si tales hombres tuvieran realmente inteligencia no podrían triunfar nunca en empresas tan burdas, y que es justamente su capacidad para asimilar y retener las bagatelas de que están tejidos sus negocios, lo que prueba su nulidad? Esta teoría — de la que no soy el autor — es muy antigua: nació de la reconocida incompetencia de los grandes hombres por lo que se llama "las cosas prácticas". En efecto, cuesta trabajo imaginarse a Aristóteles o a Beethoven multiplicando 3.472,701 por 99,999 sin cometer algún error, o acordándose de la cotización de un valor de la Bolsa durante dos años, o teniendo en la punta de los dedos el número de clavos de zapato por quintal, o el costo del transporte de determinadas escobas entre El Havre y Nueva York. Nada de esto conviene a su personalidad, como tampoco el imaginárnoslos expertos en el golf o en el billar, o en alguno de esos jueguitos en los que descuellan en el mundo los muchachos de éxito. En resumen, todos nuestros grandes hombres carecen de capacidad para estas pequeñas especialidades; son inertes, impotentes en los dominios donde el hombre medio actúa con más brillantez.

Esta falta de habilidad para los más vulgares rompecabezas manuales y mentales es una característica que los hombres de primer orden comparten con las mujeres, con todas las mujeres. En su origen esta torpeza tiene algo de específicamente femenino, y en el hombre va casi siempre acompañada de esos otros rasgos de femineidad de que he hablado antes. ¿Qué cosa más evidente, en efecto, que la ineptitud de la mujer para las pequeñas especialidades del hombre? Muy rara vez se oye decir que una mujer haya triunfado en una de esas profesiones en donde todo lo hace la astucia, tales como la de abogado, relojero, afinador de pianos o contador, a pesar de que la mayoría de estas ocupaciones no sobrepasan sus medios físicos. Sin embargo, todos sabemos que el número de mujeres que ejercen estos oficios es mínimo y muy pocas son las que han podido luchar con el hombre.

A mi juicio, la causa no es de orden exterior, sino interior. Reside en esa exclusiva preocupación de las grandes realidades; en esa impaciencia ante las cosas falsas y mezquinas; en ese horror hacia la rutina que se encuentra uno también en el hombre verdaderamente superior. Aun en las ocupaciones que, según la tradición cristiana, le son propias, las mujeres muy rara vez trabajan con ese automatismo de que se glorian los hombres vulgares. Todo el mundo admite que una mujer de su casa que sabe guisar, que se cose ella misma sus trajes, que es capaz de instruir y educar personalmente a sus niños, es muy rara; pero que, cuando la encuentra uno, no es generalmente por su inteligencia por lo que se la estima. Esto es especialmente cierto en los Estados Unidos, en donde el viejo prejuicio de la inferioridad de la mujer ha sido combatido con más éxito. Allí, la mujer, de una incapacidad total en su hogar, goza de un prestigio más grande que en ninguna otra parte. La cocina americana es una prueba elocuente de su nulidad como ama de casa. Pero si en ninguna parte la cocina es más mala y la economía doméstica más inepta, en ninguna parte tampoco la mujer — que goza de mucho tiempo libre para cultivarse — ha demostrado más inteligencia y ha tomado una parte más activa en las grandes cosas.

MADAME LYNCH

(*Conclusión de la página* 50)

funesta para él, Madama Lynch no le abandonó un minuto. Vistiendo pantalones de montar, botas y una capa gris, cabalgaba a su lado. Su belleza no había decaído. Los soldados la adoraban con supersticiosa admiración.

Impasible sobre el caballo, desafiaba las balas. Se mostraba en los sitios de más peligro, mostrando un coraje que enardecía a las tropas. Curaba los heridos y los hacía internar en hospitales. Repartía tabaco, golosinas, medallas y rosarios entre los combatientes. Les animaba a luchar.

Cuando Francisco López fué muerto en Cerro Cora el 1º de marzo de 1870, Ella Lynch estaba a su vera. Las balas respetaron a la heroica amazona.

Sabemos el desastre que esa guerra significó para el Paraguay. *Madama* Lynch desapareció del escenario de Asunción.

Corría el año 1885. Una mañana de octubre, en la sórdida bohardilla que habitaba en Montmartre, moría una desconocida. Nadie sabía su nombre. Vivía sola y miserablemente. Sus restos fueron conducidos a la fosa común de los menesterosos...

Habíase apagado la brillante estrella de Alicia Lynch que deslumbrara un día al pueblo paraguayo y estuvo a punto de convertirse en Emperatriz del Plata.

Desfile de modelos a beneficio de los Niños Pobres de La Paternal

MODELOS DE MARILU

Luisita Nelson presenta un original modelo de playa, en piqué blanco con aplicaciones en rojo, "coiffe" holandesa en rojo con trenzas de cinta.

Alicia Inés Dari Larguia presenta traje de baile de tul blanco, blusa bordada pailleté rosa y turquesa y tocado en la misma combinación

Dolores Pueyrredón, con un conjunto de fiesta en linón celeste

María Adela Videla Dorna luce un conjunto de playa en brin blanco. Blusa y monograma azul.

Marcela Helguera con un traje de tusor turquesa y adornos de pecarí y cartera haciendo juego



Problema Resuelto

Una fiesta? Una cena? Esta misma noche? El problema está planteado y tiene que solucionarlo rápidamente.

Una llamada telefónica y enseguida la tranquilidad de espíritu, la seguridad de que se sentirá contenta y segura de sí misma!

Salón Elizabeth Arden? Necesito esta tarde un tratamiento de belleza y además quiero lucir uno de sus lindos maquillages. Podría obtener hora? Bien, encantada, estaré allí puntualmente a las 17; hoy me conviene más ir al Salón a que vengan a atenderme en casa. Hasta luego.

Elizabeth Arden

Buenos Aires, New York, London, Paris, Rio de Janeiro.

Salón de Tratamientos en Harrods - Florida 877

Teléfono directo: 31 - 1812

LA PINTURA MURAL MEXICANA

(*Continuación de la página 33*)

falda de la diosa de la muerte; se comprenderá ese arte de las fiestas populares; esas guirnaldas de guajes y calabazas pintadas, esos gigantes "Judas", esas máscaras en las que renace el espíritu caricaturesco, a veces cruel, y también tierno, que presidía la concepción de la escultura monumental, en la época de los símbolos profundos y bárbaros de los dioses de la noche estrellada, de la floración primaveral, de la matanza, de las cosechas y de las aguas dominadoras.

Los pintores jóvenes abundan en México y todos llegan por instinto a las inspiraciones permanentes del arte popular, ya sea en los ejercicios rutilantes y en los tanteos del cuadro de caballete o en las pesquisas rítmicas e ingenuas del fresco. Decoradores de dieciocho años cubren de pinturas encantadoras las paredes de los patios de las escuelas: floración necesaria de esos libres ejercicios, a los cuales se convida a los niños pobres, indios la mayoría de las veces; ejercicios que consisten en dibujar o pintar sus impresiones ante la naturaleza, los seres, el trabajo, el juego. Deseo ignorar sus nombres, lo mismo que fueron ignorados en las sagradas épocas en que el arte era anónimo como el vino y el pan. Cuando las personalidades emergen en este país, lo hacen para depositar la ofrenda de su genio sobre el altar de los dioses tutelares de México, que traducen su poder indestructible por la obsesión de las mismas formas y colores. Diego Rivera y Orozco han renunciado al cuadro pequeño para gentes de mundo y aficionados insensibles. Para ellos se hicieron los grandes frescos, empresa frecuentemente emprendida por dos o tres al mismo tiempo, y en los que la savia de un pueblo oprimido remonta, después de cuatro siglos, con una admirable violencia que las necesidades instintivas de la multitud parecen dictarle.

¿Cómo evocar en tan pocas páginas la potencia salvaje de Orozco y la abundancia profusa — y sin embargo concisa, — la imaginación sin cesar imprevista, maravillada, el genio lírico y rítmico de Rivera? Vedlos inclinar a los dos su fe de pintores hacia la virtud renaciente de su país, que el primero no ha abandonado jamás — a lo menos para ir a Europa, — pero a quien el romanticismo occidental del siglo XVI atormenta el corazón a través de las reminiscencias de Miguel Angel y del Greco, mientras el segundo encuentra otra vez el verbo plástico detrás de la influencia poco a poco esfumada de Miguel Angel, del Tintoretto, sobre todo de Giotto, de Pietro Lorenzetti y algo del viejo Breughel, y de la cual fué marcado por su larga estancia en Europa. Se asombra uno de quien no ha dejado el suelo americano y es, por el corazón, independientemente de las formas expresivas, el más español — es decir, el más cristiano de los dos; — pienso en este momento en el *Prometeo*, de Pomona, donde el anhelo doloroso del hombre hacia la alegría fracasa en el esfuerzo del titán que el dogma del pecado original hirió de antemano, y en los tres soldados en la trinchera, que parecen llevar sobre sus espaldas la miseria del mundo. En tanto que el otro, en posesión de una serenidad que crece día a día, toma el camino de la filosofía azteca que aceptaba heroicamente que la fatalidad y la libertad se concilian para integrar una armonía triunfante sobre la desesperación, en lo hondo del corazón humano. Todo el drama del México actual vive en estos dos grandes pintores, en quienes el conflicto trágico de su país y de España ha puesto dos concepciones, irreductibles una a la otra, si no es por la misma mezcla progresiva, y aun tan dramática, de las sangres. Los Estados Unidos comienzan a conocerles y a comprenderles. Europa podría pedirles lecciones de dignidad y de aliento.

Estos dos pintores, en efecto, han conquistado ya América. Rivera ha hecho frescos en Detroit. Los dos, en Nueva York. Sus estancias en California son un hecho muy interesante, si se consideran las relaciones políticas y étnicas de México y de los Estados Unidos. Hay ahí algo más que un símbolo: un presagio. Es por California por donde se hace la penetración recíproca, y hasta hoy pacífica, de la fuerza virgen del norte y de la indefectible sensibilidad del sur. Es como una Francia del Nuevo Mundo, con su fecundidad natural, su clima templado, sus costas occidentales bañadas por el océano, su situación intermediaria entre las cadencias meridionales y el panteísmo confuso de los países septentrionales. En Rivera, más aún que en Orozco, el genio furioso estalla en medio de los paisajes opulentos y de esta existencia feliz. Rivera ha tomado del occidente medio el sentido de las proporciones perfectas, de los arabescos espirituales, de los contrastes sutiles y de los bellos temas que introduce como una levadura en los colores ardientes y la extrema complejidad de almas arrancados a la historia de su país. Me parece que él vincula más estrechamente el genio de las dos Américas, que como lo ha hecho, a lo menos por el momento, la violencia mística de Orozco.

(*Concluye en la página siguiente*)

●

LA EDUCACION DEL HIJO

por Constancio C. Vigil

Ha aparecido la segunda edición de esta obra, pues la primera se agotó con sorprendente rapidez.

Ello significa que, como lo proclamaron nuestros grandes diarios, LA EDUCACION DEL HIJO es una ayuda positiva para los padres conscientes, que son todos aquellos que comprenden que su propio porvenir depende de los hijos.

"Poderoso auxiliar de la más benéfica influencia" — dijo LA PRENSA. — "Libro de serena belleza a la par que de sobrio sentido educativo" — dice LA NACION. — "LA EDUCACION DEL HIJO no debería faltar en ningún hogar" — dice LA RAZON. — Y en parecidos términos se han expresado los demás diarios de esta capital y del interior de la República.

Pocos libros más útiles para quienes afrontan la tarea de educar al hijo, y ninguno más sobrio, breve, claro y eficiente.

LA TORRE DE BABEL

Of all wild beasts preserve me from a tyrant;
And of all tame, a flatterer.
Ben Jonson, "Fall of Sejanus".

L'ennui est la maladie des gens heureux; le malheureux ne s'ennui jamais, il a trop à faire. — A. Dufresne, "Pensées, maximes et caractères".

Tous les méchants sont buveurs d'eau: c'est bien prouvé par le déluge.
L. Ph. Ségur, "Chanson morale".

Que de gens sur la bibliothèque desquels on pourrait écrire: "usage externe", comme sur les fioles de pharmacie! — Alphonse Daudet, "Notes sur la vie".

Domandato un tale qual cosa al mondo fosse più rara, rispose: Quello che è di tutti, cioè il senso comune. — Giacomo Leopardi, "Zibaldone".

Love is like linen, often chang'd, the sweeter. — Phineas Fletcher, "Sicelides".

Es ist nicht alles Gold, was glänzt. Aber es glänzt auch nicht alles, was Gold ist, sollte man billig hinzusetzen. — Friedrich Hebbel, "Tagebücher".

L'amore nasce per la curiosità e perdura per l'abitudine. — M. Bontempelli, "La donna del Nadir".

•

LA PINTURA MURAL MEXICANA

(*Conclusión de la página anterior*)

Los inmensos muros recogen con una rapidez que revela una prolongada represión, los reflejos de la epopeya mítica e histórica cortada por los españoles. Sube, desde el fondo espiritual, comprimido de esos pobres hombres, para otros trabajos, otros sufrimientos, otras alegrías. La influencia de los fresquistas italianos, tan sensible aún en los primeros frescos que simbolizan, más que cuentan, la revolución mexicana, se borra progresivamente para dejar sólo en los últimos, los de Cuernavaca, California y Detroit, una huella apenas perceptible de esta virtuosidad conquistada, en la que todos los maestros comulgan, al fin de cuentas, en las grandes ondas rítmicas y armónicas de la inspiración. La epopeya del pueblo mexicano se apodera de esos recursos legados por la vieja Europa al mestizo español y de indio que encuentra en su corazón la crueldad y la ternura de sus dioses. Sorda y viva armonía de esas composiciones gigantes; extensión mate que la riqueza de los colores ensancha por contraste y que rodea el tumulto polifónico de un silencio singular. Esta densidad sorda del tono, mezclada con una enorme abundancia de personajes, les imprime el aspecto de una multitud que sube del fondo de los tiempos y corre hacia todos los horizontes para reclamar su sitio en el coro universal. Multitud de martirizados y de verdugos, multitud de sacrificados y multitud de pobres; humildes piedras ensangrentadas sobre las que se edifica la historia: aquí arrancáis el secreto al silencio en que estuvisteis tanto tiempo sepultadas. Los frescos de Cuernavaca, apretados como una danza, ordenados como un contrapunto, hacen encontrar algo que parecía haber olvidado la pintura a pesar del esfuerzo de Rubens y de Delacroix, cuya inspiración moral y social era algo artificiosa, porque la fe unánime se había retirado de las masas en su siglo, para no vivir en su espíritu sino en el estado de pretexto o remordimiento. Aquí, el asunto del fresco se desarrolla dentro de su mismo ritmo, y debido a él.

LA ANECDOTA DE GABRIEL ALOMAR

(*Conclusión de la página* 30)

gunta: *¿Será aquí?* Espera. Pasan unos instantes. En efecto, es en su puerta. El picaporte ha vuelto a sonar con insistencia. Gabriel Alomar toma el quinqué, atraviesa la puerta, camina por un pasillo y por otro, avanza por el comedor, abre una puerta de cristales, cruza la galería, desciende al patio, llega al zaguán, y al aproximarse al portalón defendido por un barrote y una cadena, pregunta:

—*¿Quién es?*

—*Soy yo, Rubén...*

La voz rotunda del poeta aclara el misterio. Gabriel Alomar abre la puerta. La luna deja caer su luz lírica sobre el rostro indiano del poeta, a quien le brillan los ojos como en las horas en que se deja rendir por el ajenjo. Rubén es un gigante al lado de la figurita enclenque de Gabriel Alomar.

—*Acompáñeme... Necesito ir a la farmacia...*

Gabriel Alomar se asusta. ¿Estará enfermo? ¿Lo habrán herido en alguna reyerta portuaria con cualquier marinero de aventura?

—*¿Qué le pasa?*

—*¡Pts! ¡Necesito que me acompañe a una farmacia, por favor!*

El profesor apaga el quinqué y lo deja sobre un poyo del patio y cierra la puerta de su casa, dando dos vueltas a la llave enorme en la cerradura... Andan. Rubén no puede sostenerse... Se agarra del brazo de Alomar y camina con dominio de sí mismo. Quiere demostrar una completa serenidad urbana... Avanzan por la calle. El viento cruza las jarcias muertas de los veleros del puerto. Un marinero va hacia el muelle. Un gato salta una tapia. La noche es clara. En la esquina está la farmacia cerrada. Llegan los dos hombres y Gabriel Alomar da unos puñetazos sobre la puerta de ondulado hierro. Hay una pausa. Luego un grito: — *¿Quí es?*. — Y una respuesta: — *Soc jo, l'Alomá.* — Y otra contestación: — *¡Vá!*

Luego se percibe el rumor de alguien que camina a oscuras, que desciende unos peldaños de madera, que enciende una luz y busca una llave. Y luego esa misma llave metida en la cerradura y la puerta que se levanta enroscándose en un eje y llenando de ruidos la callejuela en tinieblas. El farmacéutico es gordo, mofletudo, y lleva una bata vieja. Requiere: — *¿Qué pasa?*

—*Aquí, este amigo que no sé qué quiere...* — balbucea Alomar.

Porque Alomar no se ha atrevido a preguntar al gigante nicaragüense. Y entonces, Rubén Darío, muy serio, muy seguro de sí mismo, y adelantando un billete de veinticinco pesetas, exclama:

—*Deme dos botellas de vino de quina, por favor...*

La petición sorprende a Gabriel Alomar, al farmacéutico, quien está a punto de preguntar si se trata de una broma y que si así fuera sería de mal gusto; mas la mirada firme de Rubén Darío y su acento impresionan al buen hombre que imagina que a lo peor se trata de un loco y prefiere servirle para perderle de vista cuanto antes... Busca en los estantes dos botellas, las envuelve en un papel verdoso y cobra... Se agitan unas monedas entre las manos y devuelve el cambio, tembloroso... Gabriel Alomar no ha dicho una palabra aún. Rubén Darío le ha apretado el brazo como agradeciéndole el silencio comprensivo. Hay tres *¡Buenas noches!* dichos a la vez y con acentos harto dispares. Vuelven a caminar por las calles el poeta y el escritor. La puerta de la farmacia se ha desenroscado con mayor vigor, acaso por la rabia que le diera al boticario la interrupción del sueño placentero...

Caminan los dos hombres. Vuelven hacia la casa de Gabriel Alomar. Este intenta acompañarlo hacia un hotel, pero Rubén lo empuja hacia su hogar. Ya en la puerta le dice:

—*Gracias, hermano... Pilar Montaner me había escondido el vino. La familia también. No podía beber. Tenía sed... Me he escapado de Valldemosa... Busqué una taberna, pero cuando llegué a Palma todos los cafés estaban cerrados. Yo no podía dejar de beber. Por eso le fuí a buscar... Por lo menos beberé vino de quina por esta noche... Gracias...*

Y Gabriel Alomar ve alejarse de su puerta al poeta. Le da vuelta a la llave y entra en el patio, mientras Rubén se aleja para sentarse en cualquier banco y beberse a la luz de la luna el contenido de las dos botellas.

Gabriel Alomar, maestro, poeta, escritor... Más tarde fué diputado, embajador... Ha muerto en El Cairo, donde residía desde hace años, olvidado de todos y olvidándose de todo. Dicen que ha dejado varios libros de *Memorias* y de ensayos. Ha vuelto a la paz eterna quien en la paz eterna vivió. Su única anécdota atrabiliaria y pintoresca, la que se complacía en contar todos los días, es ésta que trasladamos a nuestros lectores.

NOTICIARIO ARTISTICO - LITERARIO

Apareció el octavo número de la revista filológica "Hablemos correctamente", que dirige el lingüista argentino Abel H. Bravo (Pedernera 159). Esta edición contiene la [illegible] e interpretación de gran número de palabras incorrectamente usadas.

En Amigos del Arte se realizó la Exposición de Arte [illegible] del arquitecto artista Francisco [illegible] Díez de Bonilla, quien disertó en la misma entidad [illegible] de "Los mayas, su arte y su cultura".

La editorial "Aviación" ha publicado con el título "[illegible]" las conferencias pronunciadas por los doctores Gonzalo A. García y Juan V. d'Olivera Estevez. Este vol. de 80 páginas (18½ x 13) corresponde al número 62 de la Biblioteca Aeronáutica.

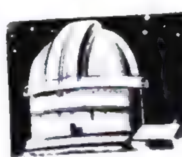
"Boletín del Ministerio de Gobernación y Trabajo". Publicación oficial. Número VIII. Esta edición de 344 páginas (24x18) es un balance de las actividades que "[illegible] al país" y en el que se destaca "la protección que los Poderes Públicos deben a la agricultura", bajo la supervisión del general José Tomás Calderón, Ministro del Trabajo. San Salvador (El Salvador).

En la "Galería de Arte Rose Marie" (Florida 483) expuso una serie de cuarenta obras el pintor Julio Barrionuevo.

ULTRA-PLANOS de Alta Precisión

2141. En [illegible] "Staybrite", $ [illegible]

EL RECORD DE EXACTITUD



pertenece a Omega. Fué establecido con 97,8 puntos (sobre un máximo teórico de 100) en el Observatorio de Teddington,★ único abierto al concurso de todas las marcas del mundo. Desde 1933 hasta la fecha Omega ha conquistado siete veces el primer puesto en estos certámenes internacionales de Teddington.★



2122. En acero inoxidable "Staybrite", $ 115.- 2188. En acero inoxidable "Staybrite", $ 142. - Otros modelos en acero inoxidable "Staybrite", desde $ 91. - En oro, desde $ 260.

Maravilla de la industria suiza, el ULTRA-PLANO OMEGA es un precioso reloj tan liviano, que no se siente en la muñeca. Su forma elegante se distingue y su máquina perfecta marca el tiempo con milagrosa exactitud. Elija su Omega en la destacada colección que presentan los concesionarios oficiales.

Ω

OMEGA

RECORD TEDDINGTON★ DE PRECISION



Los Concesionarios Omega son nombrados entre los mejores y más serios relojeros del país. Identifique a los Concesionarios por el escudo Omega.

pueyrredón propaganda

ELEONORA DUSE

(*Conclusión de la página 52*)

Los críticos se extasiaron unánimes con la naturalidad de su trabajo escénico, proclamándola igual a la gran Sarah. A partir de ese instante, ambas artistas, amigas desde tiempo atrás, se distanciaron para siempre.

Poco después conoció a Gabriel d'Annunzio, cuyo furor dionisíaco ejerció poderosa influencia en el alma sensible de Eleonora. Evolucionando una vez más, soñó con erigir un teatro nuevo, para exaltar la expresión poética de las pasiones humanas y volver a la fórmula antigua de la belleza griega. Se dedicó enteramente a interpretar las obras del *divino Gabriel*. En adelante, el poeta y sus producciones fueron la única razón de vivir para la brillante trágica. A ella debió el émulo de Carducci conocer la embriaguez de los triunfos escénicos. Con toda la energía de su genio, con toda su fe, Eleonora Duse impuso al público rebelde: *Francesca de Rimini, La città morta, La Gioconda, La figlia di Jorio*. Fueron batallas ardientes dignas de las clásicas querellas de *Hernani* o del *Cid*, ganadas para el autor por el fervor exaltado de la artista. Representadas por Eleonora Duse, las piezas adquirían contornos de obra maestra. Tenía el don de restituirlas a la verdad humana, sacándolas del suntuoso manto verbal con que el poeta cubría los dramas del corazón. Su juego escénico, tan puro y distante de la tradición teatral, parecía una alquimia que transmutaba en heroínas a las más vulgares protagonistas. Dábales el soplo de una excepcional calidad. Para la Duse, el teatro no era sino un aspecto de la belleza, por cuyas formas espirituales sentía apasionado culto.

Avida de enriquecer su vida interior, no solamente era admiradora ferviente de la música y de la poesía, sino que mostraba marcada predilección por la filosofía y la psicología religiosa: Tolstoi, San Agustín, Santo Tomás de Aquino contaban entre sus autores favoritos. Por espacio de semanas, a veces durante meses enteros, retirábase del mundo para pensar y meditar, creando en torno suyo una atmósfera de silencio, "donde se agitaban los demonios que luego desataría sobre el escenario".

La interpretación de sus papeles no fué mecánica rutina ni genial improvisación: ha sido fruto de largas meditaciones, durante las cuales vivía con intensidad la existencia de sus heroínas.

"Verdad, simplicidad, fervor, su arte es un acto de fe, un grito de la vida: de ahí su radiante fuego, su soberana fascinación", decía Roberto de Flers.

A tal verdad contribuía su juego fisonómico, pues la Duse, a más de artista, era mima prodigiosa. Gesto y acento concluían la obra perfecta e inimitable de la gran trágica.

Durante años, el arte de d'Annunzio le pareció el único digno para ella. Le sacrificó en absoluto el repertorio restante. A las quejas de su empresario, contestaba con femenina terquedad:

"Quizá tengáis razón, pero amo. Entre el corazón y la cabeza, la elección se impone. Estoy por el corazón".

A pesar de lo cual, el bello idilio con el poeta acabó entre amargas lágrimas.

D'Annunzio, en su obra *El fuego*, analiza y cuenta la triste agonía del grandioso amor. La Duse recibió una herida mortal. Fué cruel su desilusión. Abandonó el teatro en 1910, enferma, atormentada, queriendo huir de sí misma. Sólo hallaba consuelo en las lecturas místicas. Erró durante años por Francia y por Italia...

Cuando supo que el manuscrito donde se contaba su historia de amor iba a publicarse rogó a d'Annunzio que no la librara a tal vergüenza pública. El poeta alegó una urgente necesidad de dinero. La Duse vendió todas sus alhajas para remediarla. El libro se imprimió lo mismo... causando tal humillación a la artista que se recluyó por espacio de diez años.

Solamente la dura necesidad la arrancó de ese destierro. En 1921 volvió al teatro, representando en Turín *La dama del mar*. Cosechó los aplausos de siempre y reeditó igual triunfo en Florencia y en París. A pesar de su precaria salud, aceptó giras por el extranjero. Partió para América del Norte. Por seis meses recorrió entre delirantes aclamaciones Nueva York, Chicago, San Francisco y Cuba. Sin alientos casi, seguía animando las grandes heroínas de su triunfal carrera.

El 22 de abril de 1924 se apagó su vida en Pittsburg (Estados Unidos).

Cuando se sintió desfallecer, dijo al médico que la asistía:

—No pido que me salvéis. Quisiera que me dierais solamente la fuerza necesaria para tomar el primer vapor y volver a mi patria. No quiero morir lejos de la tierra italiana.

Al cabo de un instante, agregó:

—Si muero aquí, doctor, pido que haya en torno de mi lecho manos italianas, flores y oraciones italianas.

Cumpliendo este último deseo de la célebre trágica, la colonia italiana de varios Estados de América del Norte, representada por más de dos millones de almas, organizó solemnes y brillantes funerales a Eleonora Duse.

El gobierno italiano, a instancias de Gabriel d'Annunzio y de compatriotas de América, tomó medidas para repatriar los despojos mortales de la gran artista.

Eleonora Duse reposa hoy en el templo de Santa Cruz, en Florencia, junto al túmulo de Maquiavelo.

◆

NOTICIARIO ARTISTICO



En la Galería Mu[illegible] expuso Adolfo B[illegible] sus últimas obras pictóricas y una serie de [illegible] [illegible]



El Teatro del Pueblo organizó una audición con las obras de la compositora argentina Elsa Calcagno, en la que participaron las pianistas Srtas. Haydée G[illegible] y Nidya [illegible].

NOCHES DE NUEVA YORK

En el Fefe's Monte Carlo



El salón del "Monte Carlo", el night club elegante de Nueva York, en la noche en que D. Alberto Dodero ofreció una fiesta en obsequio del Dr. Agustín Alsina.



La condesa de Salverte y D. Alberto Dodero, que ofreció la fiesta.



Madame Pola Negri, la famosa estrella del cine, y Mr. Zuber.



Mrs. Harry Foster, de la sociedad de Nueva York, y el Dr. Agustín Alsina.

CARTAS DE NUEVA YORK

(*Conclusión de la página 23*)

presentando actualmente, en los alrededores de Nueva York, obras europeas de alta calidad.

Sigo considerando al cine norteamericano inferior al francés, desde el punto de vista estrictamente artístico, pero puedo decir que en *Citizen Kane,* Orson Welles revela su genio y su extraña y recia personalidad. El cine francés es muy popular y *La Femme du Boulanger* ha tenido un éxito resonante. Tuve ocasión de ver *La Moisson,* con Gabriel Gabrio, hermosísima película, en la que se desarrolla dentro de un marco de un bello pueblito del mediodía francés un intenso poema de ternura y de amor. De los films locales, puedo anticipar que *Tom, Dick, and Harry,* con Ginger Rogers, y dirigido por Garson Kanin (el director de *Mamá Soltera*), va a tener en Buenos Aires considerable éxito, por su fantasía y por la fina comicidad del diálogo. *Here comes Mr. Jordan,* con Robert Montgomery, también despertará más de una carcajada.

▼ Si comenzara a escribir sobre los museos, necesitaría todo el número de *Atlántida* para dar una leve idea de lo que en ellos se encuentra. No he visitado todavía algunos de los museos más renombrados, como los de Cleveland, Toledo y Detroit, y sólo conozco la Widener Collection de Filadelfia a través de su catálogo ilustrado. En Nueva York hay varias colecciones particulares (Bache, Chester Dale, Lewihson, Clark) cuyas telas envidiaría el Louvre. Tanto los maestros clásicos como los contemporáneos están opulentamente representados. Es sabido que los Renoir más bonitos están en Norte América. Por pequeño que sea un museo, siempre contiene varios, lo mismo que obras de Van Gogh, Cézanne, Matisse, Picasso, etc. Algunos de los Corot mejores que he visto se encuentran en la Corcoran Gallery. Los primitivos italianos, Rembrandt, El Greco, Velázquez, Goya, Reynolds, Gainsborough, etc., están representados con deslumbradora suntuosidad en la National Gallery de Wáshington.

En varios museos he visto obras de los alumnos de las academias de pintura y las muestras no pueden ser más promisorias. Una lejana influencia de Cézanne y otra más poderosa de Matisse se advierte en muchos casos, pero hay derroche de personalidad, de maestría técnica, y de talento. De los pintores americanos ya consagrados, J. Theodore Johnson y Aaron Bohrod me recuerdan a Larrañaga y Badi respectivamente. En la Corcoran Gallery de Wáshington vi una pequeña exposición de pintores jóvenes, con la cual nuestro Salón Anual no se podría comparar ni remotamente.

▼ El pueblo norteamericano tiene una gran afición por la música clásica. Cada ciudad tiene su propia orquesta sinfónica, cuyos directores son generalmente reputados músicos europeos. Pese a estar en pleno verano, la Phyllarmonic - Symphony ofrece conciertos todas las noches al aire libre, atrayendo alrededor de 20.000 personas diariamente. Durante el año 1940 tuvieron lugar 1.700 conciertos de importancia en la ciudad de Nueva York, sin contar las óperas. El Berkshire Festival, integrado por 9 conciertos sinfónicos dirigidos por Sergio Koussevitzky al frente de la Orquesta de Boston, merece una nota especial, dada la belleza de la región donde tuvieron lugar y la extraordinaria calidad de los programas. (En mi próxima nota me ocuparé al respecto). En Wall Street, en pleno centro del barrio financiero, existe una antigua iglesia, la Trinity Church, donde todos los miércoles y viernes, de 12,30 a 13, tiene lugar un concierto de órgano, que siempre logra llenar la iglesia de público.

▼ NOTAS AL PASAR. — El buen gusto de las vidrieras de Saks Fifth Avenue. — Las 33 variedades de exquisitos helados en Howard Johnson. — La enorme cantidad de personas que uno encuentra hablando español. Hay en Nueva York todo un populoso barrio donde se habla la lengua de Cervantes. — Los besos con gusto a "tutti-frutti"... — El hecho que todos los mozos de los restaurants sean italianos. — Escuchar por radio grabaciones de Libertad Lamarque. — Bailar al compás de *Caminito,* perfectamente interpretado por una jazz, y cantado en inglés.— La forma como bailan tangos algunas parejas. Hacen poner los pelos de punta... — Las 500 jóvenes parejas que hacen perfectas demostraciones de *jitterbugs* en el Madison Square Garden. Ningún otro pueblo tiene un sentido del ritmo tan arraigado. — La asombrosa cantidad y la elevada calidad de los conciertos y representaciones teatrales que tienen lugar diariamente, al aire libre, en los alrededores de Nueva York. — La suntuosidad y buen gusto de los *shows* del Radio City Music Hall, y la belleza y disciplina de las 60 coristas. — Escuchar a Marisa Regules traducir el fuego y el color de Albéniz. No sólo me entusiasma su arte extraordinario, sino que me llena de orgullo que sea argentina.

Y no podría concluir esta nota sin dejar de referirme a la amabilidad y hospitalidad de este pueblo para con los extranjeros. Diciendo *soy argentino,* he obtenido muy a menudo privilegios vedados a los norteamericanos.

EL AVERIGUADOR

POR PESCATORE DI PERLE



CORINA, *Lomas de Zamora.* — El término *ómnibus*, de procedencia latina, significa simplemente: *para todos.*

L. S., *Capital.* — El primer autor que fué proclamado en Francia *príncipe de los poetas* fué Ronsard, hacia el año 1550. A finales del siglo XIX se resucitó la costumbre, en París, de darles a los poetas un *príncipe*. Leconte de Lisle inauguró esta segunda serie. Luego vinieron:
1894, Verlaine.
1896, Mallarmé.
1898, León Dierx.
1912, Paul Fort.

RIEKA, *Viña del Mar.* — Las dimensiones de la Venus de Milo son las siguientes: cuello: 13 ¾ pulgadas; brazo, 11; busto, 34; cintura, 27; caderas, 34; muslo, 21 ¾; rodilla, 13 ¾; pantorrilla, 13 ¾; tobillo, 8 ¼; estatura, 4 pies y 4 pulgadas.

UN CATÓLICO, *Lanús.* — Al Vicario de Cristo se le da en nuestro idioma el tratamiento de *Padre Santo, Sumo Pontífice, la Santidad del Papa X., la Santidad de X., Su Santidad, Su Beatitud, Su Santidad el Papa X., Su Santidad el Sumo Pontífice X., el Romano Pontífice X., y el Papa X.* Las formas *Soberano Pontífice* y *Santo Padre* no son castellanas, sino tomadas del francés.

MAURICIO, *Capital.* — Actualmente creo que será muy difícil conseguir estadísticas sobre las salas cinematográficas que funcionan en el mundo. La guerra ha revolucionado muchas cosas. Y entre ellas el cine. Antes de que comenzara la catástrofe, parece que se conocían en el planeta 61.924 salas. A Europa le correspondía el primer puesto, con 30.623, y luego América, con 25.090.

•

SIVRISARIAN, *Capital.* — En nuestro idioma puede usted consultar el *Diccionario General etimológico de la lengua castellana,* por Roque Barcia. Pero son mejores los extranjeros de Littré, e *Investigaciones etimológicas* (5.000 páginas), de Pott. La frase *Quem Deus vult perdere, prius dementat,* proviene de la traducción hecha por Barnes de un trágico griego desconocido. Veleio Patérculo y Publilio Siro expresan conceptos aproximados, pero con palabras muy distintas. Es Lord Byron, en *Don Juan,* canto IV, estrofa 12, quien menciona la frase *Whom the gods love die young,* pero la da como cita. En efecto, la expresión no es inglesa, sino griega. La encontrará usted en Menandro, *Dis Exapaton,* fragmento 125. Stobeo (en *Florilegium,* CXX, 13) se la atribuye a Hipseo. Y Plauto la registra en latín en *Bacchides,* acto IV, escena VII, verso 816. Lo de Mar del Plata lo ignoro.

UN INGLÉS OBSTINADO, *Olivos.* — Los franceses reivindican para su Montaigne la invención de los tanques de guerra. Tan sorprendente atribución sólo se basa, en realidad, en este párrafo que se lee en el capítulo IX de los *Essais,* titulado *Des armes des Parthes*: "Et á présent que nous mousqueteries sont en crédit, je crois que l'on trouvera quelque invention de nous emmurer pour en garantir, et nous faire trainer á la guerre enfermés dans des bastions, comme ceux que les anciens faisaient porter a leurs éléphants." Pero lo cierto es que desde esta vaga aspiración hasta la realización de los modernos tanques de guerra, hay una distancia un poco demasiado respetable...

VIEJO ABONADO, *Capital.* — El término parlamentario *quorum* no se ha tomado directamente del latín, sino que nos ha venido de Inglaterra, de la época en que los británicos usaban oficialmente la lengua del Lacio. *Quorum,* genitivo plural de *qui, qua, quod,* pronombre relativo latino, significa: *de quien, del cual.* En la Inglaterra de la Edad Media se designaba para llenar las funciones de jueces a un cierto número de personas, *de los cuales* (quorum) tales y tales eran indispensables para ciertas prácticas. Así se les calificaba de *quorum judges.* Entonces el término no significaba lo que hoy (número determinado de individuos presentes), sino la presencia absolutamente necesaria de ciertas personas calificadas. Si estaban ellas, había *quorum,* y si no, no había *quorum.* A través de las costumbres parlamentarias el vocablo ha variado su sentido original, como ocurre con casi todas las palabras.

CERVANTÓFILO, *Paraná.* — Todos los ilustradores y artistas que representan a Sancho Panza bajo, muy gordo y de piernas asombrosamente cortas, están en gravísimo error. Pues el propio Cervantes en el capítulo IX de la primera parte dice que el inmortal escudero tenía "la barriga grande, el talle corto y las zancas *largas*", y por esta última circunstancia le llama indistintamente Cide Hamete Benengeli *Sancho Panza* o *Sancho Zancas.* Por cierto que Cervantes alude en este pasaje a una pintura del personaje.

CURIOSUS, *Tucumán.* — ¿De dónde proviene el término *payador*? El autorizado filólogo don Matías Calandrelli publicó en el diario de esta capital *La Prensa,* en fecha 15 de agosto de 1916, un artículo titulado precisamente *Etimología de "payador",* en el cual rechazaba en absoluto el origen quichua de que habla usted. Decía en sustancia el señor Calandrelli: "Payador es palabra castellana, formada del verbo *payar,* de donde se deriva también *payada.* Desciende *payar* del nombre *payo,* aldeano, y éste de *payés,* campesino, derivado de *pagensis,* perteneciente al *pago* o *aldea,* del nombre latino *pagus,* aldea, lugar, pueblo corto. Hemos dicho que de payo desciende *paya-dor* mediante el verbo *payar,* porque el sufijo *dor* representa el sufijo latino *tor.* Así *payador* representa la acción de *payar* o sea habitar, vivir en el pago, en la aldea, y *pago* es el aldeano que forma parte de los habitantes del pago. Se dirá que el significado directo de *payador* no es el de *habitante del pago o de la aldea,* sino el de *cantor* o de *coplero.* Efectivamente, al aldeano, al habitante del pago, se le puede considerar como "verdadero coplero y cantor popular", pues no es factible que el "payador cante solo y en el desierto" donde nadie le oiga, y especialmente en el canto de contrapunto. Por el solo hecho de vivir en el pago, el que tiene disposiciones para el canto, las improvisaciones y la música, se convierte ipso facto en *payador* o coplero, hasta el punto de confundirse las palabras... No hay, pues, tales *palladores* derivados de la lengua quichua, sino solamente *payadores,* que descienden de los *payos* y *payeses,* derivaciones perfectamente castellanas."

DEGAULLISTE, *Montevideo.* — No puedo responder categóricamente a su pregunta. En realidad, y a estas fechas, no se sabe a ciencia cierta quien inventó el *camouflage.* Hay tres candidatos a tan insigne honor. 1º, un señor Louis Bérard "grand constructeur des chars de la cavalcade des étudiants, et grand costumier des théatres avant la guerre". Antes de la guerra 1914-1918, se entiende. 2º Un pintor de la marina, Norman Wilkinson, a quien se le ocurrió, en 1906, más o menos, pintarrajear los cascos de los navíos para engañar al enemigo. Inglaterra lo recompensó con un regalo de dos mil libras esterlinas. Y 3º: el gran dibujante y pintor Forain, a quien no lo tomaron en serio, y tuvo mil dificultades hasta que lo apadrinó el general Castelnau. ¿Fué el inventor uno de estos tres? ¿O a los tres se les ocurrió la idea? Es un punto que no se ha puesto en claro hasta la fecha.



G. Fiesole, *Rosario.* — El diario más antiguo del mundo — entre los muchos que todavía hoy se publican — no sé cuál es. Pero uno de los más antiguos, sin duda alguna, es *The Times,* de Londres, que apareció por vez primera, bajo la dirección de John Walter, el 1º de enero de 1785. Sólo que los primeros números no se llamaron *The Times,* sino *The Daily Universal Register.* El cambio de nombre se hizo algunos años después.

Grumete, *Ensenada.* — El término marítimo *tonelaje* — muy de moda en estos infaustos días — no tuvo en un principio relación alguna con el peso en un buque mercante. Entonces las naves se clasificaban por el número de *toneles* de vino que podían llevar, y de ello se deriva la palabra *tonelaje.* En cuanto a que *tifón* es voz china y significa etimológicamente *Madre de los Vientos...* es un cuento chino. El origen es griego: *typhon,* que significa *torbellino.*

Benjamín, *Capital.* — Está muy mal decir que una gata *alumbró* tres gatitos. El verbo *alumbrar* no se aplica a los animales, sino exclusivamente a la mujer. En los diccionarios corrientes, incluso el de la Academia, no encontrará usted el porqué del distingo. Sólo la da el viejo *Diccionario de Autoridades,* que dice: "*Alumbrar;* metafóricamente es también conceder parto feliz a una mujer para que dé a luz la criatura sana y con felicidad. Esta voz sólo se usa respecto de Dios, que es quien únicamente puede hacer este beneficio."

J. M. Solari, *25 de Mayo.* — Quizá la mejor semblanza de George Bernard Shaw es la que nos ofrece Frank Harris en su libro *Una biografía sin autorización.* Vaya, como quintaesencia, esto: "Una dama que en cierta ocasión había invitado a su casa a Bernard Shaw, decía a una amiga que deseaba invitarlo a la suya: "Lo invitas a comer porque crees que va a entretener a tus huéspedes con una brillante conversación, y antes de que te des cuenta de lo que pasa, ya habrá escogido una escuela para tu hijo, redactado tu testamento, prescrito tu dieta y usurpado todos los privilegios del abogado, del mayordomo, del cura, del médico, del sastre y del peluquero de la familia. Cuando haya acabado con todo el mundo, instigará a tus hijos a que se rebelen contra la autoridad de sus padres, y cuando ya no tenga otra cosa que hacer se irá y no volverá en su vida a acordarse de ti ni de lo que ha dicho."

Fisherman, *San Isidro.* — Ni en el de la Academia ni en ningún otro diccionario en lengua alguna ha figurado jamás la definición que da al cangrejo como un pez rojo que camina para atrás. Sin embargo, no se trata de un chiste, tampoco. Lo único que hay de cierto es que cuando en la Academia Francesa se examinaba la voz *ecrevisse* para darle entrada en el léxico oficial, un señor Conrart, secretario perpetuo de la institución, que hablaba poco y escribía menos, propuso esta definición: *Ecrevisse: petit poisson rouge qui marche a reculons.* Con mucho respeto, no le llevaron el apunte al solemne secretario. Pero la anécdota alcanzó tal popularidad que ha llegado a nuestros días, y no son pocos los que creen que existe un diccionario con el artículo en cuestión.

D. J. P., *Mendoza.* — La excelencia indiscutible de los vinos chilenos se debe, según he oído decir, a un señor francés, originario de Auxerre, llamado Joseph Bertrand, que en la primera mitad del siglo XIX llevó de Francia a Chile unas excelentes cepas, y una buena cantidad de magníficas abejas. Se labró una gran fortuna que, por la guerra de 1870, perdió totalmente en su patria. Entonces volvió a Chile, acompañado por un hijo suyo llamado Alberto, que ha fundado una familia en la república hermana. A Joseph Bertrand le han erigido una estatua. No garantizo la autenticidad de ninguno de estos datos. Quizá algún distinguido lector chileno de *Atlántida* podría rectificarlos o ratificarlos.

Lauro Paulino Rivero, *La Habana.* — Relatos sobre los amores de un rey con una criada los ha conocido la humanidad desde que el mundo existe. Cuentos de una pantufla perdida y luego encontrada por un príncipe enamorado, también son muy antiguos. Cuatrocientas versiones distintas sobre este mismo tema se han recogido en Europa y en Asia. Todas las heroínas se parecen bastante a la Cenicienta. Pero la narración definitiva de las aventuras de la Cenicienta (o, más bien dicho, *Cendrillón*), no fué publicada sino en 1634. El autor de este afortunado cuento no era muy conocido: se llamaba Giambattista Basile. Fué un valiente soldado que luchó contra los turcos y fué luego poeta oficial de la corte de Nápoles. A consecuencia de una erupción del Vesubio se originó una peste en la región, y de ella murió Basile. Una hermana suya, famosa cantante de la época, recogió los papeles escritos que dejó el difunto, y con ellos publicó un libro, el *Pentamerone,* reeditado luego en Italia por Benedetto Croce. La lectura del volumen es bastante pesada, y no tuvo, cuando su aparición, éxito alguno. Así se explica que sólo sesenta años más tarde, cuando Perrault saqueó las páginas del italiano y extrajo de ellas *Cendrillón* y *El gato con botas,* los dos cuentos, aderezados a mejor gusto, obtuvieran la fortuna que aún hoy perdura.

Baby, *Córdoba.* — La sigla *D. O. M.* que, como dedicatoria, campea en los edificios católicos, constituye las iniciales de la locución latina *Deo optimo maximo* (al Dios muy bueno y muy grande).

Un Rojo, *Capital.* — La banda violeta o malva que ostenta la bandera republicana española — colores, por cierto, muy raros en los pabellones nacionales — alude a los estandartes bajo los cuales lucharon los comuneros de Castilla contra Carlos V. (Por supuesto que los comuneros nada de común tienen, ni remotamente, con los actuales comunistas). La bandera española tricolor fué adoptada por la República de 1873. Una que flameó entonces fué conservada clandestinamente en el Círculo Federal, de Madrid, y luego fué izada públicamente en el Ministerio de la Gobernación al estallar la Revolución de 1931. Se dice que la misma bandera se encuentra actualmente celosamente guardada.

Impreso exclusivamente con Tintas Lutz. — Impreso en Argentina. — Talleres Gráficos Editorial Atlántida, S. A. — Bs. As.

Exclusividades

WARRINGTON



EAU DE COLOGNE WARRINGTON, DOUBLE EXTRAIT IMPORTADA. ES REPUTADA LA MAS EXQUISITA Y DELICADA DE LAS COLONIAS FINAS, POR SU ESTACIONAMIENTO DE VARIOS AÑOS. FRASCO GRANDE, $ 65.—; ECO. MEDIANO, $ 35.—; CUARTO, $ 18.— Y CHICO, $ 9.50.



KERJEAN CELESTE, LA COLONIA QUE DA PERSONALIDAD, LARGAMENTE ESTACIONADA PARA CONSEGUIR UN MAS PERFECTO BOUQUET; ES UNA COLONIA QUE CALIFICA A LAS PERSONAS ELEGANTES. FRASCO GRANDE, $ 35.—; MEDIANO, $ 18.— Y CHICO, $ 9.—.

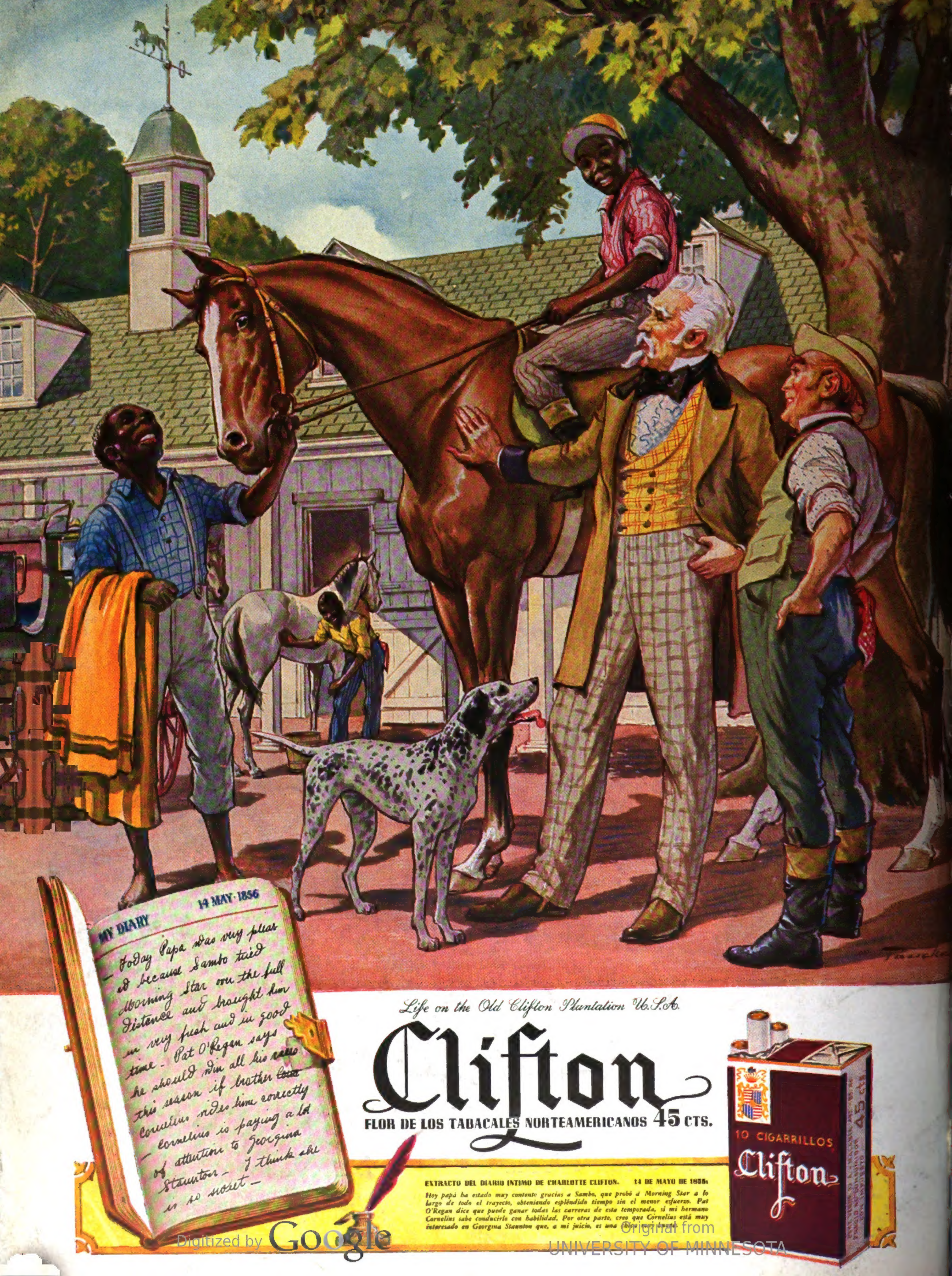
(1) CORBATAS DE PURA SEDA, SIN ENTRETELA, EN UNA GRAN SELECCION DE RAYADOS CON LOS COLORIDOS MAS MODERNOS $ 12.50 Y $ 14.50. — (2) TIRADORES DE CUERO DE CERDO, IMPORTADOS, CON FORRO INTERIOR BLANCO, ANGOSTOS Y MUY PRACTICOS $ 12.—. (3) CAMISAS DE OXFORD INGLES CON UN MODELO DE CUELLO ABIERTO. EN UNA GRAN VARIEDAD DE TONOS Y RAYADOS; ES UNA CAMISA INDICADA PARA ROPA DE SPORTS, OJALADA Y TERMINADA A MANO $ 13.50. — (4) MATCH, COMBINACION DE CORBATA Y PAÑUELO DE FOULARD DE SEDA EN UNA GRAN SELECCION DE COLORES Y DIBUJOS A $ 11.— EL JUEGO. — (5) ESPLENDIDA COLECCION DE SWEATERS DE HILO PARA SEÑORITAS RECIENTEMENTE RECIBIDOS, DE LA CASA ALLEN SOLLY, DE LONDRES, DIVERSOS MODELOS DE CUELLOS, Y EN UNA SELECTA COLECCION DE COLORIDOS MODERNOS QUE CALIFICAN A UNA DAMA ELEGANTE, $ 25.— Y $ 28.—.

HEMOS RECIBIDO UNA SELECTA COLECCION DE TELAS LIVIANAS, IMPORTADAS, ESPECIALES PARA VERANO, QUE PRESENTAMOS EN NUESTRA SECCION CAMISERIA SOBRE MEDIDA.

WARRINGTON

Exclusividades

FLORIDA Y PARAGUAY
U. T. 31, 4407 y 4665
BUENOS AIRES



MY DIARY
14 MAY 1856
Today Papa was very pleas
d because Sambo tried
Morning Star over the full
distance and brought him
in very fresh and in good
time. Pat O'Regan says
he should win all his races
this season if brother
Cornelius rides him correctly
— Cornelius is paying a lot
of attention to Georgina
Staunton — I think she
is so sweet —
Life on the Old Clifton Plantation U.S.A.
Clifton
FLOR DE LOS TABACALES NORTEAMERICANOS 45 CTS.
EXTRACTO DEL DIARIO INTIMO DE CHARLOTTE CLIFTON. 14 DE MAYO DE 1856:
Hoy papá ha estado muy contento gracias a Sambo, que probó á Morning Star a lo largo de todo el trayecto, obteniendo espléndido tiempo sin el menor esfuerzo. Pat O'Regan dice que puede ganar todas las carreras de esta temporada, si mi hermano Cornelius sabe conducirlo con habilidad. Por otra parte, creo que Cornelius está muy interesado en Georgina Staunton que, a mi juicio, es una
10 CIGARRILLOS
Clifton